

Conversaciones sobre nacionalismos y enseñanza de las Ciencias Sociales

Aurelio Arteta Aiza

Profesor de Ética y Filosofía Política de la Universidad del País Vasco

Isidoro Moreno Navarro

Profesor de Antropología Social de la Universidad de Sevilla

Borja de Riquer i Permanyer

Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona

Antonio Martín Domínguez

Profesor de Ciencias Sociales en Secundaria y miembro de Fedicaria

El propósito de las conversaciones que siguen es proporcionar una oportunidad poco corriente de contrastar tres visiones de diferente sesgo ideológico y disciplinar sobre una problemática tan compleja como los nacionalismos y sus implicaciones educativas. Frecuentemente nos encontramos con artículos y estudios específicos, pero raramente asistimos al cruce riguroso de ideas que exige el debate democrático sobre un asunto de profundo interés cívico.

Ahora bien, es importante apereibir al lector de que estas "conversaciones" no son el contenido de un debate, aunque la presentación —que es resultado del ajuste posterior— pueda inducir a ello. Las "conversaciones" recogen, en realidad, tres colaboraciones obtenidas por separado, condicionadas de forma diferente según el orden en que se produjeron. Dos de ellas sí son, efectivamente, conversaciones mantenidas con el historiador Borja de Riquer en Barcelona y, más tarde, con el filósofo Aurelio Arteta en Pamplona, a partir de un guión común desbordado por las circunstancias de la comunicación y las características del interlocutor. La colaboración del antropólogo Isidoro Moreno fue, en cambio, remitida por escrito desde Sevilla, pero teniendo conocimiento del contenido íntegro de las ideas expuestas por los otros participantes. Esto se hizo así por problemas de tiempo y para facilitar la integración, pero también ha producido un desequilibrio favorable al último interlocutor que los lectores pueden

apreciar en la ausencia de reciprocidad en las alusiones, explícitas o implícitas, y que esperamos sepan disculpar. Aunque luego se trató con los autores la posibilidad de rebatirse entre sí, se declinó por su complejidad. Las tres aportaciones fueron reorganizadas *a posteriori* para cruzarlas del modo más coherente posible, pero las ideas están recogidas con total fidelidad.

I PARTE: NACIONALISMOS, IDENTIDADES Y MEMORIA HISTÓRICA

1. Al escribir la Historia e interpretar el fenómeno de los nacionalismos, se ha hecho clásica la distinción entre nacionalismos democráticos y excluyentes, asociada generalmente a las formas opuestas de nacionalismo que en su día defendieron Renan y Herder. Si no estamos equivocados, tus trabajos se cuentan entre los que han atribuido validez a este esquema aplicándolo a la Historia de España...

BORJA DE RIQUER.— En parte sí. En una perspectiva de balance histórico, sobre todo del siglo XIX, que es lo que conozco más, no se puede hablar del nacionalismo en singular, hubo pluralidad de nacionalismos. Nacionalismos que hay que situar en la sociedad contemporánea, en el mundo del liberalismo, del capitalismo...; otra cosa son las formas identitarias anteriores, que influyen y evidentemente existen, pero que se transforman en virtud de un nuevo fenómeno, que es el nuevo Estado liberal, y que tenderán, a partir de la "invención de la nación", a constituir movimientos nacionalistas. En es-

ta panorámica nos encontraremos con una pluralidad de movimientos, dentro de los cuales una primera diferenciación es el tipo de identidad vinculada al nuevo Estado que se está construyendo, un nacionalismo institucional, que tiene todos los instrumentos del Estado para ejercer una tarea nacionalizadora, desde la Escuela, la cultura oficial, la Academia, el mundo de los intelectuales oficiales, la Administración, el servicio militar obligatorio... Y hay otro mundo, que son esos movimientos, que serán en algunos casos nacionalistas, sentimientos identitarios que por una serie de razones complejas y en cada caso muy peculiares, no acaban de sentirse cómodos en la nueva relación entre el Estado y la nación oficial. Habría que ver con detalle cómo se ha generado ese proceso histórico, en qué contexto, con qué discursos, frente a quién..., pues todo nacionalismo se afirma contra otro. Por esencia, la identidad se construye marcando un nosotros frente a ellos, y en esta época, en la época contemporánea, de una forma más clara, porque los instrumentos generadores de discursos nacionalistas son más eficaces, más fuertes... En el caso español, la necesidad de diferenciarse aparece sobre todo a finales del XIX, en el inicio de la política de masas, el momento en que los regímenes liberales oligárquicos ven la necesidad de abrirse, de incorporar a más gente políticamente, lo que obliga a replantear los discursos nacionalistas... Ya no hay bastante con un discurso oficial, sino que hay que generar nuevos consensos, dado que la gente está presionando para actuar como auténticos ciudadanos.

Ahí, a grandes rasgos, se dibujarán dos líneas. Una, el nacionalismo que quizá podríamos llamar democrático, que se basa en intentar vincular derechos individuales y colectivos. Porque el nacionalismo hace el discurso de los derechos colectivos y, evidentemente, si lo hace en perjuicio de los derechos individuales, puede degenerar en movimientos antidemocráticos. La dificultad es cómo articular derechos individuales y colectivos, ya que unos derechos colectivos no pueden sustituir a los individuales, y eso es lo que intentan los proyectos nacionalistas democráticos. El caso de nacionalización más claramente en esta línea quizá

sea la francesa del siglo XIX, que responde a la idea de Renan: una nación no se consolida si la gente no se siente partícipe, si no se vincula..., lo que significa identificarse con las instituciones, creer que se está en un mismo proyecto colectivo ("la nación es un plebiscito cotidiano"). La otra vía es la vía conservadora, la vía de Cánovas, donde la nación es una realidad al margen de los hombres —como dirá en su famoso discurso del 82—, "es una obra de Dios", y los ciudadanos (palabra que Cánovas no emplea nunca) no tienen nada que hacer, porque es algo que les viene dado, al margen de las voluntades. Aquella frase tan brutal de "no se elige a la madre", tu eres español, te guste o no. Es el discurso historicista, que se remonta a Don Pelayo o antes... Esto tiene unos elementos ideológicos muy claros: nación es consustancial a religión y la monarquía es la "España católica", las viejas glorias... Por lo tanto, ese discurso nacionalista es al tiempo católico, monárquico, conservador... ha reconstruido su política de memoria, ha seleccionado episodios... El problema es, simplificando mucho, que en la España del XIX, y mucho más en el XX, se vive la herencia de estas dos grandes corrientes, con el inconveniente de que la segunda es hegemónica.

Lo que pasa es que la otra veta del discurso nacional, que podríamos llamar democrático-liberal, que va unida al republicanismo, a ese movimiento político que surge en torno al Sexenio, también está ahí, ligada al iberismo..., pero no existe negociación entre ellos.

Yo creo que hay una oportunidad fracasada durante el Sexenio. Es el momento en que por primera vez se pone en cuestión al Estado centralista por parte de casi todos. No se puede continuar como en la época isabelina, se necesita un Estado que tenga consenso, apoyo social, lo que implica replantearse el Estado. En esa coyuntura, los únicos que tienen un discurso extremadamente interesante, los únicos que plantean seriamente lo de la España plural son Pi y Margall y los federalistas. Saben distinguir entre la nación política y las conciencias regionales. La nación política es un pacto entre los ciudadanos, todos pactamos unos derechos y eso es la base de la cohesión del

sistema político. Pero este pacto puede ir acompañado de un reconocimiento de las peculiaridades culturales identitarias, que no tienen que ser contradictorias con el otro pacto político. Esta diferenciación entre nación política y cultural la plantean, la exportan los federales, pero queda frustrada. El pacto político es muy claro: "principios democráticos, aquí todos iguales. Los catalanes, andaluces, gallegos tienen una serie de rasgos y todo el derecho a desarrollar en su territorio su cultura, la oficialidad de su lengua, sin ningún tipo de problema". Una idea de la España plural en la que desaparece la vieja idea conservadora de que España es Castilla. Porque la idea conservadora de Cánovas y compañía es que España la ha forjado Castilla. La españolización conservadora del XIX quiere decir castellanización, frente a la idea de los federales de una España política en la que no hay hegemonía castellana. Todo esto queda frustrado. Al imponerse el discurso conservador como discurso hegemónico, la idea de la España plural queda muy en la periferia de la política, de la cultura, de tal modo que, a finales de siglo, cuando surgen los nacionalismos vasco y catalán, y en menor medida el gallego, ya aparecen con un discurso tan "anti" la cultura oficial que identifica España con Castilla, que ya es muy difícil el diálogo. Puede haber compromisos, pactos, pero cuando se construye una identidad en torno a la idea de que cultura equivale a lengua y ésta es innegociable, el diálogo es muy difícil.

2. Un número, que parece creciente, de intelectuales no comparten este esquema clásico de una confrontación entre nacionalismos democráticos y nacionalismos integristas. A su juicio, conduce a interpretaciones erróneas sobre el papel que han jugado y juegan los nacionalismos periféricos frente al nacionalismo español o identificado con el Estado. Al mismo tiempo, tiende a enmascarar la perversión ideológica y política común que subyace en todos los nacionalismos. Consecuentemente proponen otros esquemas, como el de naciones étnicas frente a naciones políticas o el de nacionalismo étnico frente al patriotismo cívico.

ISIDORO MORENO.— [Ciertamente], cuando se habla de nacionalismos, no pasa un día sin que leamos o escuchemos, en libros muy publicitados, en editoriales y artículos de la

prensa "respetable" y, por supuesto, en declaraciones de políticos democráticos del más diverso tipo, las descalificaciones más genéricas, e incluso las imputaciones más rotundas de violencia o criminalidad, contra todos los nacionalismos. En una caracterización burda, pero muy eficaz por su extrema simplificación, se afirma que existe un solo tipo de nacionalismo, que se hace equivar a intolerancia, a intransigencia, a integristismo, a insolidaridad, a exclusivismo, a regreso al tribalismo, a irracionalidad, cuando no directamente a terrorismo y promoción de guerras sangrientas. Gente como Savater, Juaristi y muchos otros —que no por casualidad tienen a su disposición multitud de tribunas para que realicen la propaganda, tan conveniente para el sistema, de lo "políticamente correcto"— hacen diariamente la misma simplificación que quienes, hasta hace no mucho, desde la derecha más montaraz, trataban de convencernos de que la izquierda es, por definición, revanchista y antidemocrática. Al igual que existen varias izquierdas diferentes: básicamente una izquierda democrática, una izquierda totalitaria y una izquierda que sólo conserva de esta el nombre, existen también varios tipos de nacionalismos. Meter a todos ellos en un mismo saco sí que es una forma grosera de manipular la realidad y de confundir a los ciudadanos. Que se practica, paradójica pero significativamente, desde un tipo de nacionalismo que no se confiesa como tal: el nacionalismo de Estado, que sólo considera nacionalismo, con todos aquellos atributos negativos, al nacionalismo de los demás pero no al propio. A éste suelen llamarlo, de forma eufemística, "racionalidad democrática", "patriotismo constitucional", o de varias otras formas negadoras de su cualidad de nacionalismo imperialista. Hay, pues, dos tipos fundamentales de nacionalismo que conviene distinguir, en una primera aproximación al tema. El primero es precisamente el nacionalismo de Estado: el producido desde los poderes fácticos y por los aparatos de poder de los Estados realmente existentes, que tratan de presentarse como si fuesen naciones cuasi naturales, resultado de los designios de Dios, de la Geografía o de la Historia, o racionales, como fruto de

un pacto político entre ciudadanos libres (?). El segundo tipo es el de los llamados nacionalismos periféricos o etnonacionalismos, que no se construyen a partir del hecho fáctico (y siempre violento) de un Estado sino a partir de la existencia de identidades históricas y culturales básicamente compartidas; en torno al *nosotros* colectivo percibido como resultado del hecho de compartir experiencias históricas y elementos culturales, reales y simbólicos, comunes (aunque sean expresados en una pluralidad de formas), y en referencia a un territorio percibido como "propio" desde un tiempo más o menos antiguo. Las versiones concretas de uno y otro tipo de nacionalismo son las que pueden ser esencialistas y antidemocráticas o pueden ser, o aspirar a ser, abiertas y democráticas. Estoy de acuerdo en que el nacionalismo de Estado español, durante los siglos XIX y XX, ha sido extremadamente esencialista, integrista e intolerante. Y ello, fundamentalmente, por estar nucleado en torno al dogma —no sólo propio de ultraconservadores y fascistas sino aceptado también, al menos implícitamente, por jacobinos e intelectuales liberales— de la equivalencia de lo español y de lo castellano. Esto se refleja muy claramente en la mayoría de los libros de Historia, cargados de mitos y contruidos mediante una selección de hechos y aspectos que se subrayan o se eliminan, que antes, y aún hoy, se hace estudiar en las escuelas e incluso, en buena parte, en las aulas de muchas universidades. El mantenimiento, literal o enmascarado, de denominaciones de asignaturas o de capítulos de asignaturas como "Historia de la España Antigua", o de "España Medieval"; pseudoconceptos como el de "la España visigoda" la "Reconquista", la "unidad de España como obra de los Reyes Católicos" o "América como empresa civilizadora española", y otras muchas barbaridades por el estilo no son sino reflejo de un fortísimo, y coactivo, nacionalismo de Estado que perdura hoy, a veces enmascarado y otras veces presentándose desnudo. Y, también, el nacionalismo español, salvo periodos muy cortos, ha tenido como uno de sus ejes fundamentales, al menos hasta muy recientemente, al catolicismo. Cuanto no ha estado inscrito en estos dos ejes, castellanismo y catoli-

cismo, y todavía hoy en el primero de ellos, ha sido extirpado violentamente o ha sido definido como paréntesis histórico, como propio de "otros", como subalterno o incluso como "antiespañol".

AURELIO ARTETA.— Yo soy un ignorante en Historia, pero creo que hay una cuestión anterior [a lo que señaló Riquer]. La Historia, el punto de vista histórico no introduce nada que no esté dado en el presente. El gran riesgo de todos las recuperaciones del pasado es que están en buena medida al servicio de los nacionalismos en la medida en que necesitan de la Historia para justificar su ser de nación, y ahí están dispuestos a todo género de invenciones. Jon Juaristi lo ha puesto de manifiesto en varios libros sobre las invenciones de los nacionalistas vascos y esto es válido para cualquier tipo de nacionalismo. La cuestión final es, supongamos que la Historia que Ud. dice, de su país, de su nación, es como Ud. ha dicho, ¿y qué? Mi pregunta es: ¿y qué?, porque de lo contrario se están creando derechos históricos, [apelando a] una entidad que desprende derechos históricos. Pues mire Ud., no existen tales derechos históricos. Los derechos no son derechos del pasado sobre el presente, son derechos del presente. No son derechos de los muertos sobre los vivos, son derechos de los vivos actuales. Hay una noción de lo que es derecho en democracia que no tiene nada que ver con esto. Mi miedo, mi reticencia [hacia las reconstrucciones históricas] procede de aquí, del hecho de que, aunque pudiéramos construir una Historia objetiva, que ya es decir, la pregunta siempre sería al final la misma: quiénes son el sujeto de derechos, y no pueden serlo ni una entidad suprapersonal ni, por suerte, otra entidad todavía más fantasmagórica que se llama la Historia.

También discutiría la expresión nacionalismos periféricos si con ella quiere decirse que hay un nacionalismo central contrario. Lo siento mucho. La primera victoria de los nacionalismos es la lingüística, igual que la primera victoria en cualquier guerra consiste en apoderarse del lenguaje. Por lo tanto, lo primero que habría que discutir es por los conceptos, que se acepte decir Estado español en lugar de España es tremen-

damente sintomático. Esa ha sido la primera gran victoria de los nacionalismos.

Es posible que en la Historia de España pueda haber la distinción que propone Riquer, pero a mi juicio los nacionalismos se plantean bajo dos formas: los nacionalismos políticos y los nacionalismos culturales o étnicos. El nacionalismo español habrá podido ser étnico en algunos momentos, seguro, y lo será, sin duda, el españolismo que subsiste en ciertos residuos franquistas, como entre algunos redactores de ABC. Pero el nacionalismo español es hoy de carácter fundamentalmente político. El nacionalismo político es aquel que se confunde sencillamente con su Estado, por el hecho, fundamentalmente, de que se ha pasado bajo ese Estado muchísimo tiempo, y eso ha creado lazos de comunicación, de solidaridad, etc, que no precisan ser arraigados en una historia de razas, de esencias, de conceptos como el de hispanidad de García Morente u otros similares. Sencillamente somos individuos que desde el propio idioma que nos ha ido configurando nos reconocemos como conciudadanos o como querer. Mientras que los nacionalismos étnicos son otra cosa, fundamentalmente una reacción frente a los nacionalismos políticos, con la misma pretensión de convertirse en nacionalismos políticos, porque su construcción nacional no es más que una etapa para la construcción política, estatal. Los nacionalismos políticos efectivamente han configurado Francia, España, Italia y Alemania más tarde, pero, en ese sentido, han contribuido y yo creo que han sido necesarios por razones de centralización, de uniformización de la comunicación, los impuestos, la hacienda, lo que requería un territorio muy claro, una lengua predominante, mayoritaria, una cultura superior o como queramos llamarlo. En ese sentido, los nacionalismos políticos han constituido las naciones-Estado y esto está en función de una economía cada vez más centralizada y no autosubsistente, local; pero eso estaba al servicio del Estado, que necesitaba de unos instrumentos de comunicación, de Escuelas, Hacienda; que requería una lengua, un territorio demarcado claramente, la eliminación de los poderes locales, de los localismos, y de todas las instancias

intermedias entre poder y ciudadanos. Se podrán discutir otras cosas, pero esa función parece indiscutible. Y luego vienen, como reacción, los nacionalismos étnicos, una reacción típicamente romántica, de vuelta a Fichte, sus discursos sobre la nación alemana y todo eso. Es una reacción de vuelta a la premodernidad, de negación de la universalidad, una vuelta a conceptos tales como raza, nación, pueblo, que me parecen completamente irre recuperables desde cualquier punto de vista, no sólo político. Efectivamente, un nacionalismo político, aunque haya podido estar teñido de componentes étnicos, ha constituido finalmente un Estado. El resurgimiento de los nacionalismos étnicos se arraiga en esas naciones (y nociones) pre-políticas, pre-democráticas. Los nacionalismos políticos han podido ser étnicos, pero han constituido unos Estados que han creado unos lazos de solidaridad, de ciudadanía.

3. La visión que propones [Riquer] de los nacionalismos periféricos como movimientos de reacción al nacionalismo excluyente que practicó el gobierno español durante el XIX plantea algunas contradicciones y problemas:

En primer lugar, ¿no encubre los elementos antimodernos de dichos nacionalismos, muy evidentes en el caso vasco, y por tanto no asimilables para un proyecto liberal enfrentado al Antiguo Régimen —hasta el punto de que podemos plantearnos si con su resistencia a la modernidad no contribuyeron a obstaculizar el proceso de modernización y a la radicalización integrista del nacionalismo español?

En segundo lugar, ¿no pasamos por alto que todo nacionalismo decimonónico, del signo que fuera, implicaba una política de "violencia" cultural, de uniformización, mediante el recurso, como explica Gellner, a una cultura "superior" que permitiera la alfabetización, la cohesión..., superando la desarticulación del Antiguo Régimen? En ese sentido, la "frustración de la pluralidad" más bien parece una política adaptada a las circunstancias, de la que daría ejemplo precisamente el Estado francés, una potente maquinaria centralizadora construida sobre la nacionalización de carácter franco y el mito del origen galo. Esto induce a pensar (aunque sea historia-ficción) que si en España hubiera tenido éxito ese modelo (supuestamente inspirado en el ideal democrático de Renan) el resultado hubiera sido estrangular los nacionalismos periféricos, impidiendo que hoy podamos hablar de una España plurinacional. Paradójicamente, lo que fue entonces una "posibilidad frustrada" —la España plurinacional— se convierte hoy, por causa de que no tuvo éxito la frustración, en un hecho posible.

RIQUER.— Ése es un dilema complejo. Efectivamente, en parte del catalanismo y mucho más en el nacionalismo vasco hay

un discurso tradicionalista, con algunos elementos antiliberales e incluso anti-industriales, que ideológicamente podría parecer que lo que representa es un movimiento evolucionista, partidario del Antiguo Régimen. Eso existe, en menor medida en el catalán y más intensamente en el núcleo básico del PNV y Sabino Arana. Ahora bien, hay otro elemento diferente: ambos movimientos nacen en un momento de profundo descontento social, político y cultural frente al estado de cosas de la Restauración, capitalizan a sectores sociales de clases medias, intelectuales, profesionales, comerciantes, etc., que socialmente no son regresivos, al contrario, son sectores ascendentes, desalentados por la poca ambición de futuro del proyecto nacionalismo español, por lo que la única manera que tendrán de consolidarse y tener influencia social es adoptando procedimientos políticos de un movimiento moderno: movilizándolo masas, fundando nuevos partidos, haciendo propaganda, presentándose a elecciones y ¡ganándolas! Te encuentras con la contradicción; te dicen: sí, el nacionalismo vasco es reaccionario, pero gana en Bilbao, no en las Encartaciones, y con apoyo de clases medias. El catalanismo, ¿dónde consigue sus mejores resultados electorales?, en ciudades grandes, moviliza clases medias urbanas. Podríamos decir: discurso ruralista, pero voto urbano. ¿Cómo se entiende? Para ello hay que situar esto en el contexto de finales de siglo, de clases medias profundamente incómodas en el sistema de la Restauración y que pueden ver en una vía particularista la posibilidad de acceder no solamente a los lugares de gestión... sino cambiar bastante la forma de ejercer la gerencia de las propias administraciones. Hay un descontento ante los ayuntamientos, las diputaciones y los representantes en Madrid... Parece contradictorio, pero el propio discurso más integrista de Sabino Arana será arrinconado; persistirá, no lo rechazan, pero lo sacan poco, sólo cuando hay que hacer demagogia.

En relación a la otra cuestión, efectivamente, todo proceso nacionalizador es una violencia, porque tiende a homogeneizar, a hacer desaparecer aquello que no se adapta. Pero si el proyecto que se intenta difundir

tiene atractivo ideológico, cultural, la incorporación será más fácil; es sumarse a un proyecto con ambición de futuro, sobre todo si se percibe como mejor del que se tiene. Pero el problema es cuando ese proyecto no es percibido como mejor. ¿Qué pasa en la sociedad vasca y catalana del siglo XIX? Que la idea de la incorporación a la nación española no es percibida como un futuro mejor. Resucitando al Cid no se atraía a la gente. Con una mezcla de pesimismo y nostalgia no se generan adhesiones. Además, son malos administradores, son corruptos, razón de más para reaccionar. Si estos sectores son suficientemente sólidos para generar este discurso de incomodidad política, eso rápidamente acaba culminando en escepticismo identitario: *"se es español porque no se puede ser otra cosa, pero si nos dejaran escoger..."*. Entonces viene una crisis como la del 98, que evidencia el fracaso del régimen y la crisis del Estado-nación, y los escepticos ya no sólo son escepticos, ahora se sienten atraídos por discursos que no son solamente el discurso identitario de la patria chica, sino que son discursos de reacción, que buscan otro camino. Es lo que ocurre con Maragall cuando dice: *"la España oficial es una ficción"*, mientras la Cataluña real es la que él pisa...; aquella España oficial que le han vendido hasta ahora no la quiere, *"si se continúa difundiendo esa idea de España conmigo que no cuentan"*. Tampoco él plantea qué idea de España quisiera, pero ese es otro problema. Al no reconocerse en esta España el recurso es reconstruir Cataluña, que es más fácil definirla. Y ése creo que es el drama español del siglo XX, que los nacionalistas más o menos radicales o moderados verán más fácil definir su ámbito propio y cada vez les costará más definir España, sobre todo si por parte de la opción española unos continúan con los discursos de siempre y otros, más lúcidos, lo que adoptan es un puro pragmatismo. Desde Ortega, Azaña, al PSOE... se dice: *"esto es un problema, hay que resolverlo, pactemos"*, pero sin cuestionar su discurso. La idea de Ortega de que *"esto es una enfermedad y hay que soportarla"* implica que *"yo no me bajo del burro"* y sigo defendiendo que España es Castilla; *"no soy un cirujano partidario de*

la extirpación", pero es incómodo, es un problema, crea angustia. Por lo tanto no replantean su discurso, lo cual lleva a los otros a no replantearse el suyo, y así es como se llega, a lo largo del siglo XX, a discursos cada vez más paralelos, con menos canales de entendimiento. Y en el Franquismo este problema se exagera, degenerando en un auténtico diálogo de sordos.

MORENO.— Los movimientos nacionalistas periféricos se han fortalecido, sin duda, como reacción al nacionalismo de Estado: al centralismo político y a la negación, tanto cultural como política, de las diversas naciones integradas en el Estado español. Pero de ello no debe inferirse que éstas sean una consecuencia del propio nacionalismo español. Como señala mi colega el antropólogo Josep Llobera, las naciones pertenecen a la larga duración, dicho en términos de Braudel. Y ello, tengan o hayan tenido, o no, Estado propio. La nación polaca, por ejemplo, es una realidad de siglos que ha existido con muy cambiantes fronteras territoriales o incluso sin un Estado polaco. Pero las identidades nacionales no son solamente una continuidad en el tiempo, resultado de un pasado más o menos antiguo: los fenómenos de etnogénesis, de profundización o incluso creación de conciencia nacional pueden darse en distintas épocas, y por supuesto hoy, si actúan como catalizadores factores político-económicos que activen la potencialidad cultural diferenciada. Hay que rechazar las diversas escolásticas que definen las supuestas condiciones para que una colectividad "pueda ser" una nación. Las naciones, y por supuesto los nacionalismos, no pueden ser entendidos sino como parte de los procesos históricos. Por eso es una barbaridad intentar debatir sobre los nacionalismos amputando la dimensión histórica. O la dimensión cultural. No ser consciente de esto sólo refleja ignorancia o prepotencia dogmática.

También conviene hacer una distinción entre afirmación de una identidad nacional y marcadores culturales de esa identidad. Blas Infante, por ejemplo, el más importante ideólogo del andalucismo histórico, que es considerado "el padre de la patria andaluza", señalaba que la tierra, y la lucha por

la tierra, era no sólo un objetivo social sino un signo de identidad andaluza. Sabino Arana, por contraste, ponía en un catolicismo ultramontano una de las características de "lo vasco". Pero es evidente que se puede poseer hoy identidad andaluza cuando la tierra ha perdido la mayor parte de su carga simbólica y, por supuesto, se puede ser vasco sin ser un meapilas. Los marcadores identitarios cambian, incluso a veces muy rápidamente, pero ello no significa que se debiliten las identidades nacionales, sino que éstas pueden expresarse a través de distintos marcadores de acuerdo con las situaciones y tiempos históricos.

Mucha gente comparte la idea de que la expresión radical, soberanista o rupturista que adoptan, al menos, ciertos nacionalismos en España, es una consecuencia, como ya apuntó Riquer, de la exacerbación integrista del Estado franquista y de su política de violencia cultural...

El Estado y la nación son entidades que no pueden confundirse, sobre todo de cara a los alumnos. El Estado es un hecho fáctico, de poder, nacido casi siempre de la violencia, de la conversión nominal, desde arriba, de los antiguos súbditos en ciudadanos, mientras que la nación es un hecho básicamente de cultura y experiencia histórica compartidas y que efectivamente puede, en determinadas circunstancias, alcanzar una dimensión política mediante la reivindicación del derecho a decidir sobre los asuntos propios del grupo y de su territorio. Es entonces cuando una "nación cultural" se convierte en "nación política", posea o no instituciones más o menos amplias de autogobierno y sea reconocida o no como tal desde el exterior. Como ya he repetido antes, pocos Estados se componen sólo de una nación cultural y política. La mayoría de ellos son plurinacionales, aunque no lo reconozcan ya que el modelo de organización política "moderna" es el Estado-nación y porque ello convierte en muy complejo el sistema político y administrativo y hace sin duda más débil la identificación de los ciudadanos con el Estado al haber muy pocos símbolos compartidos. Claro que la negación de dicho carácter plurinacional, y los intentos por anularlo, sobre todo si han constituido fracasos, al menos

parciales, tampoco garantizan esa identificación. Recuerdo que, hace ya unos años, los psocialistas en el gobierno —que habían sido calificados adecuadamente, el año 82, por los políticos de Washington “jóvenes nacionalistas” (españolistas)— encargaron a don Julio Caro Baroja una serie de televisión sobre España y los españoles para que pusiera de manifiesto los símbolos y expresiones culturales que compartían todos los españoles. Pues bien, don Julio —que no tenía precisamente simpatías por los nacionalismos periféricos— no encontró ni uno solo: ni la bandera, ni el himno, ni el sistema político, ni ninguna devoción religiosa, ni una costumbre o un ritual que tuviera lugar y se celebrara en todas partes. Llegó a pensar que esto último podría venir representado por las fiestas de toros, pero incluso en esto había tan importantes excepciones que finalmente renunció a la búsqueda.

Fue la búsqueda forzada, etnocida, culminada en el Franquismo, de crear una nación a partir de un Estado realmente plurinacional lo que ha potenciado en el Estado Español la conversión de varias naciones culturales en naciones políticas; en algunos casos plenamente, como ha ocurrido con Cataluña y el País Vasco, en otros parcialmente como en Galicia, Andalucía, Canarias o el País Valenciano.

El caso andaluz es bien interesante, porque la acción etnocida del Estado consistió no en tratar de anular sus especificidades culturales, como pretendió hacer en otras nacionalidades, sino en “vampirizarlos” y desactivarlos como andaluces afirmándolos, una vez descontextualizados y frivolidados, como si fueran genéricamente españoles. El ejemplo del flamenco es paradigmático en este sentido, pero podrían ponerse muchos otros. Y ante esta operación, los intelectuales liberales y de la izquierda tradicional española y, lo que es más grave, andaluza permanecieron silenciosos o celebraron estúpidas construcciones retóricas pseudoexplicativas, como la “Teoría de Andalucía” de Ortega, o inventaron lo de la “identidad desbordada” que habría vaciado, supuestamente, a Andalucía de identidad, o se refugiaron en un reduccionismo economicista afirman-

do que la única característica genuinamente andaluza era el subdesarrollo. Como si los pobres de Granada, de Sevilla o de Utrera tuviesen la misma identidad cultural que los pobres de México, de Calcuta o de El Cairo.

4. Tu punto de vista sugiere que hay una lógica propia en la constitución de las identidades nacionales, irreductible a la acción política que llevan a cabo los Estados modernos salidos de la revolución francesa y que remite a procesos históricos anteriores a la constitución de dichos Estados. Esta idea es bastante discutible, y choca con lo que podemos leer en muchos estudios sobre los nacionalismos y las naciones como creaciones exclusivas de los Estados modernos. Por otro lado, la visión de los nacionalismos periféricos como factores de democratización pasa por alto el carácter de movimientos pre-modernos y pre-políticos que, a juicio de Arteta o, recientemente, de Gustavo Bueno, llegan a adquirir cuando se exacerba la variable étnica.

MORENO.— La acusación de “pre-modernos” a los nacionalismos periféricos —una acusación en la que suelen coincidir liberales, neoliberales y la mayoría de los marxistas— refleja, principalmente, una consideración acrítica de la Modernidad y el “progreso”, tal como fueron definidos por la filosofía de la Ilustración, como intrínsecamente positivos en todos sus aspectos. Y se basa en la sacralización de la Historia como un avance irreversible, regulado por sus propias leyes, hacia lo unitario y lo homogéneo, hacia la dimensión planetaria tanto en lo económico como en lo político y lo cultural. Desde esta perspectiva, que ha desembocado hoy en la ideología neoliberal del *globalismo*, la fragmentación, lo heterogéneo, lo diferente y diverso, son características pre-modernas, mientras que la gran escala, la centralización, la unificación y la homogeneización serían los rasgos, por definición, modernos. Esta ideología es la que ha legitimado al imperialismo y a los nacionalismos de Estado durante los últimos doscientos años, a pesar de ser una ideología cuyas raíces se pierden en un horizonte mítico: no olvidemos que la diversidad cultural, la pluralidad de lenguas y religiones, en la tradición judeo-cristiana, es resultado del pecado y supone un castigo de dios a la humanidad pecadora. El pasaje bíblico de la torre de Babel es uno de los pilares del pensamiento

ilustrado. Y como éste se presenta como superador de la religión, tiene como uno de sus objetivos —no confesados, claro— superar también la maldición divina a partir de crear una variante laica de ésta que definiría como objetivo “progresista” el avanzar hacia una humanidad culturalmente unificada, “civilizada”, mediante la extensión, e imposición como superior, del modelo económico, político y cultural occidental, aunque ello haya de hacerse con métodos coactivos y totalitarios. Aquí se encuentra el profundo desprecio hacia las culturas no occidentales, hacia los *salvajes*, los *bárbaros*, los culturalmente diferentes, definidos como inferiores. Desprecio que no es sólo una cosa del pasado sino también del presente, por parte de gran parte de los “intelectuales” euro-norteamericanos. Ser progresista es, para éstos, una cuestión de fe: de fe en la *Razón* y el *Progreso* (definidos excluyentemente en su versión occidental). Por ello satanizan, o al menos consideran “tribalista”, “anacrónico”, “reaccionario” y “contrario al sentido (?) de la Historia” cuanto no encaja en su fe. Participan, sin saberlo, en una sacralidad laica cuya existencia misma es una prueba de que vivimos —los occidentales— en sociedades cada vez más laicas pero en modo alguno desacralizadas: en el lugar central de lo sagrado (de los Absolutos sociales) la religión ha sido sustituida por la *Razón* (occidental), por el modelo de Estado-Nación (entendido como supuesto resultado de un pacto entre ciudadanos libres), por la *Historia* (entendida como teleología por parte de la mayoría de los marxistas) y por el Mercado (con sus supuestas leyes extrasocietarias). La mayoría de los intelectuales, desde finales del siglo XVIII hasta hoy, han sido, y son, gestores, funcionarios, de esas sacralidades laicas de la Modernidad, legitimadores de éstas, con la función principal de ocultar su carácter sagrado y de presentarlas como resultados del despliegue de la racionalidad. No deberíamos sorprendernos, pues, de que todas las “herejías” y “sacrilegios” contra esos sacros sean descalificadas por ellos como premodernas, aunque muchas veces respondan a la misma ideología de fondo, como es el caso de la mayor parte (no de la totalidad) de los et-

nonacionalismos o nacionalismos periféricos, cuyo objetivo es reproducir el modelo de Estado-nación, un modelo en modo alguno pre-moderno, en sus respectivos ámbitos territoriales y societarios. El poder de los Estados realmente existentes, y las dádivas que éstos pueden ofrecer, son casi siempre mucho mayores de los que pueden brindar las naciones sin Estado, aunque puedan pretender constituirse en tales. Por eso la mayoría de los modeladores de conciencia social —que esto son los intelectuales— se alinean con los nacionalismos de Estado frente a los nacionalismos periféricos, incluso negando que los primeros tengan el carácter de tales al presentarlos generalmente como resultado del consenso democrático. Olvidan, o más bien ocultan, que, salvo muy pocas excepciones, fue a partir de la violencia militar, y de la construcción sobre ella de un poder fáctico, como los Estados han tratado de legitimarse, presentándose como si fueran la dimensión política de una nación, con una identidad histórica y cultural comprobadas —es decir, si utilizamos un concepto de la antropología cultural, con una *etnicidad*— y se han empeñado efectivamente en construirla, coactivamente, negando todas las otras etnicidades realmente existentes en el territorio estatal, utilizando para imponer la supuesta identidad nacional única todos los aparatos de poder: el sistema jurídico, el sistema escolar, el servicio militar obligatorio, los medios de comunicación (de propaganda), el conjunto de los funcionarios y, por supuesto, la mayoría de los intelectuales. Además, claro está, del ejército (una alusión a éste sigue figurando, significativamente, en la Constitución del 78 como garante de la “unidad indisoluble” y de la “integridad territorial” de España). La coincidencia en descalificar a todos los nacionalismos que no sean el nacionalismo de Estado, tanto por parte de los ideólogos liberales como por la gran mayoría de los marxistas, responde a que, en el fondo, las construcciones ideológico-políticas respectivas, aunque enfrentadas en muchos aspectos, responden a un mismo tronco ideológico común: el de la Ilustración europea.

Si concretamos todo esto al caso del Estado Español, la cuestión es bastante clara y no

supone, en modo alguno, una excepción cualitativa respecto a otros ámbitos europeos. La diferencia estriba en que el Estado decimonónico y el de la Restauración no fueron suficientemente fuertes como para avanzar del mismo modo que en Francia y en otros lugares en la construcción "nacional" mediante el etnocidio múltiple compulsivo, es decir, mediante la destrucción total, o casi total, de las diversas identidades nacionales y de sus marcadores culturales. Y el Franquismo, por su significación ideológica, en su intento de realizar lo que antes no pudo hacerse, deslegitimó definitivamente el intento de construir una única "nación española".

Y una cuestión más habría que añadir: las actuales naciones sin Estado no son siempre preexistentes a la aparición del modelo de Estado-nación, de los Estados supuestamente nacionales en que están englobadas y que las niegan como tales. Los procesos de etnogénesis (de emergencia de identidades nacionales) se siguen dando en nuestros días, aunque sí se construyen sobre identidades históricas y culturales que son resultado de la "larga duración". Al igual que se dan situaciones de debilitamiento e incluso desaparición de identidades nacionales. Si no analizamos todo esto como parte de los procesos históricos, me temo que seríamos incapaces de entender nada y caeríamos en alguna de las diversas formas de escolástica.

5. Un hecho comúnmente aceptado es que las represiones sufridas por los movimientos nacionalistas vasco y catalán atrajeron hacia éstos la simpatía y el apoyo generalizado de los sectores progresistas, incluyéndonos a nosotros mismos, por lo que atribuimos a su resistencia un carácter de lucha por la democracia y asumimos en nuestra conciencia la condición de haber contraído una deuda histórica hacia ellos. Con la perspectiva y la experiencia que nos proporciona la historia reciente, ¿fue una postura razonable o una gran confusión? Nuestra posición política en relación a las demandas nacionalistas y a cómo replantear el modelo de Estado me parece que tienen mucho que ver con la respuesta que damos a esa pregunta. En ese sentido, ¿en qué medida los errores del pasado deben condicionar la política del Estado español para aproximarse a ese Estado que Riquer ha denominado España plural?

ARTETA.- [Sin duda fue] una confusión inmensa. Me olvidaré otra vez de la Historia para discutir los conceptos. En primer lugar una deuda histórica no es un concepto

histórico. Pero además, en todo caso, junto a una pérdida hay una ganancia. "Es que hemos perdido patrimonio lingüístico", pero a lo mejor perdemos unos patrimonios para ganar otros. En el país vasco [se señala] a los emigrantes, a la población inmigrante y los hijos de inmigrados, para lamentar la pérdida de las esencias, pero al mismo tiempo no se renuncia al desarrollo económico y a las ventajas proporcionadas por la inmigración. ¿Deuda histórica?; habría que plantear primero qué se contabiliza en el capítulo de las deudas y qué en el capítulo de las ganancias. Hemos perdido ciertas cosas a condición de ganar otras. El problema de la deuda histórica, como dice la propia palabra, es que implica un sentido de culpabilidad, una búsqueda de culpables, un resentimiento, un afán de venganza, y esto es persistente en los nacionalismos, especialmente en el nacionalismo vasco. Y no lo digo como producto de mis lecturas sobre los nacionalismos, sino de la experiencia, de la observación de las gentes y de sus argumentos. No podemos olvidarnos de eso. Ese concepto de deuda histórica inmediatamente nos lleva a la búsqueda de culpables, a la incitación a la venganza. Pero, en cuanto a los culpables, ¿me puede Ud. determinar quienes son los culpables? ¿Los Reyes Católicos, Carlos V, Azaña, Franco en particular? ¿Por qué detenerse tanto en la búsqueda de culpables si estamos en unos procesos históricos en los que no es nada fácil personalizar? La inmigración en el País Vasco, ¿no tiene nada que ver con el mercado? La pérdida de las lenguas, ¿no tendrá nada que ver con el proceso de industrialización, con las nuevas actividades, máquinas, contactos mundiales que trascendían cualquier fenómeno de cultivo local y que exigían otro tipo de lengua de comunicación? ¿No le parece que tendrán más que ver con eso que con una voluntad perversa de exterminio? Si uno dice, "es que hemos perdido o nos han arrebatado", se está incitando a una recuperación en buena medida por afán de venganza y en otra medida, de la manera más racional posible, por planteamientos de patria. Y entonces, como supuesta justicia "histórica" frente a una discriminación negativa, aparece el concepto de discrimina-

ción positiva. En esto es necesario insistir, ¿en qué conceptos se funda el historiador o el ciudadano para disponerse a juzgar? Una discriminación negativa es un problema muy fuerte. ¿Se puede, hoy, hacer justicia a un supuesto pasado de opresión? ¿Cómo se hace justicia, en el presente, con respecto a generaciones anteriores? ¿Hasta qué punto se pueden borrar injusticias pasadas a costa de injusticias presentes? Problema más grave aún, ¿hasta qué punto se puede asegurar que, efectivamente, la situación actual favorece a los descendientes de los oprimidos y perjudica a los contrarios? ¿Cómo puede Ud. distinguir el verdadero culpable hoy de una situación cuyos (supuestos) culpables existieron antes? Ahí surgen un montón de cuestiones francamente graves. No estamos en presencia de un hecho ocurrido en el pasado que ahora vamos a tratar de reparar. Aquí estamos ante un hecho que todavía es contemporáneo en las dos generaciones, reconocible, recordable, argumentable, con todo tipo de datos. También podemos estar ante procesos relativamente más fáciles de discriminación negativa, como el problema de las mujeres, de los negros en Estados Unidos que han llevado a auténticas barbaridades, por cierto. Vamos a poner en situación de igualdad, mediante un acto de injusticia, pero justificable, una situación que se arrastra durante generaciones, siglos y siglos. Pero, ¿cuándo se puede poner fin a eso?; ¿durante cuánto tiempo vamos a dar más becas a los estudiantes negros que a los blancos?; ¿estaremos primando, pongamos por caso, las cuotas femeninas en los partidos? Pero en todo caso hay una base, porque efectivamente se puede comprobar el sometimiento de las mujeres durante siglos en la cultura occidental, el de los negros en Estados Unidos. Pero, ¿y cuál ha sido la opresión que han sufrido los vascos, los gallegos... para que ahora podamos determinar de qué manera tenemos que recomponer eso? El problema de deuda histórica trae consigo todas estas cuestiones. Primero, es difícilísimo de fundar. Segundo, olvida las ganancias o los beneficios de semejante situación negativa. Introduce el problema de la culpabilidad o se olvida de factores de carácter estructural, de los grandes

procesos industrializadores, mercantiles. E introduce por debajo el concepto de discriminación negativa, consciente o inconscientemente, y a menudo mal fundado. Todo esto se olvida, y nada más fácil, si además hemos pasado una dictadura, que el progresista, que identificó al Estado con la dictadura, siga creyendo que el Estado es todavía una expresión más de dictadura. Uno de los fenómenos con diferencia más graves y más favorables al surgimiento y el mantenimiento de los nacionalismos ha sido precisamente ese que acabas de sugerir, la confusión absolutamente ridícula —cuando la explico por ahí no me lo creen— entre nacionalismo y progresismo. El nacionalismo étnico, por su propia definición, es un reaccionarismo y, en general, desde el punto de vista político, es un conservadurismo evidente. Es, incluso diría, pre-político, y desde luego no es democrático, porque se basa en datos de carácter natural, mientras que la política democrática es fundamentalmente artificial.

No dudo de que determinados nacionalismos hayan jugado en algún momento un papel progresista, pongamos por caso —aunque lo desconozco— el proceso de descolonización africana. Pero que los nacionalismos étnicos en Europa puedan considerarse progresistas no es más que producto de una herencia absolutamente mal entendida. Uno sabía que en los tiempos del Franquismo no era democracia todo lo que se estaba gestando, sino simplemente anti-Franquismo, y uno pasaba por progresista simplemente porque era antifranquista. Pero ser antifranquista era muy fácil, era sencillamente *“que no me dejan hablar, reivindicar mi salario”*. Claro, en ese sentido, todos éramos antifranquistas, pero de ningún modo demócratas, como se ha visto.

MORENO.— El nacionalismo de Estado español, por sus raíces históricas, y no sólo por haber sido asumido por el Franquismo, es especialmente integrista. No ya porque, como la mayoría de los nacionalismos de Estado, tenga como base la negación de la diversidad de identidades nacionales dentro de sus fronteras sino porque se fue edificando sobre la limpieza étnica e ideológica. Lo primero produjo la deportación de

los judíos, el genocidio contra los moriscos, la persecución de los gitanos y el silenciamiento del componente negro. (No es algo anecdótico que España fuera el último Estado de la Europa occidental en abolir la esclavitud). La homogeneidad cultural, la (supuesta) identidad única trató de lograrse a sangre y fuego: todos los colectivos citados anteriormente fueron definidos como "no españoles", como "otros" externos. Y el mismo procedimiento se desarrolló contra los "otros" internos, tanto en la dimensión cultural como en la político-ideológica, sobre todo desde la imposición del centralismo borbónico, que es el sistema en que se pretendió hacer nacer a España como Estado-nación. Las lenguas ibéricas son convertidas en dialectos y los elementos de las diferentes etnicidades en folklore. El derecho castellano invade todo el ámbito de lo público y el poder del Estado es, casi exclusivamente, castellano. Y ya desde antes, y hasta casi nuestros días, con la única excepción de los cortos periodos liberales, del Sexenio y de la Segunda República, la limpieza ideológica fue la política oficial, primero de Castilla y luego del Estado Español: la *intelligentzia* fue casi anulada, en las hogueras y cárceles de la Inquisición o en el temor a ellas, y el exilio fue, ya en el XVIII y sobre todo en el XIX y largos periodos del XX, el destino casi "natural" de los intelectuales. Pero lo que conviene captar de todo esto es que las diversas dimensiones del fenómeno responden al objetivo de crear un Estado, respondiendo al modelo de Estado-nación, donde lo castellano y lo católico fueran, exclusiva y excluyentemente, los dos ejes de la definición misma de lo español. Y cuando, como en la Segunda República o en el primer postfranquismo, los intelectuales "españoles" —es decir, castellanos o castellanizados, y no me refiero sólo al ámbito de la lengua— llegan al poder, o al menos son influyentes, rechazan sólo uno de esos dos ejes, el religioso, pero no el más importante de ellos, el político-cultural. Estos intelectuales no entendieron nunca, ni entienden hoy, que o se acepta que el Estado Español se compone de una pluralidad de nacionalidades (Catalunya, Euskal Herria, Galiza, Andalucía, Canarias, el País

Valenciano, Baleares, Castilla y las otras "regiones" que puedan convertirse en tales en virtud del proceso histórico), o es una pura ficción sólo posible de mantener mediante la coacción militar o la inestable coincidencia de intereses entre los grupos dominantes en el Estado y en las más poderosas de esas nacionalidades en cada momento. Soy consciente de que decir esto puede escandalizar, e incluso marear, a muchos, pero la realidad es ésa. El propio "Estado de las Autonomías", sin duda un paso adelante en el reconocimiento de esa pluralidad, no es sino el resultado de un acuerdo provisional para posibilitar una salida pacífica y constitucional al Franquismo. ¿Cómo puede pretenderse definitiva una organización del Estado basada en la imposible cuadratura del círculo que supone la afirmación de una "nación indivisible" en la que existen varias "nacionalidades", además de regiones? Y por ser provisional, fruto de unas circunstancias y una correlación de fuerzas muy concretas, y por ello estar llena de contradicciones y ambigüedades, la actual organización en Comunidades Autónomas no es ninguna solución definitiva al problema sino una etapa dentro de un proceso, fluido, cuyo resultado es hoy prácticamente imposible de dibujar. Tanto más cuanto que el propio modelo de Estado-nación está hoy en plena crisis, vaciado de gran parte de lo que venía siendo definido como "soberanía nacional", al haber pasado el ámbito central de decisión de lo político a lo económico y haber sido cedidas muchas competencias y atribuciones a instancias supraestatales como la Unión Europea. Es irrisorio, en este sentido, que tantos políticos y juristas —nacionalistas de Estado todos ellos— se rasguen las vestiduras señalando que esto y lo otro es imposible porque para ello se necesitaría un cambio constitucional, y no perciban, o no quieran percibir, que casi diariamente la constitución está siendo reformada, y recortada, por la legislación de la UE sin que nadie nos pregunte nuestra opinión a los ciudadanos. Aunque, más que ciudadanos, en lo que ahora hemos sido convertidos es en consumidores o clientes de ofertas publicitarias, incluidas las de los partidos políticos.

De todos modos, es imprescindible plantear, aquí y ahora, las soluciones posibles al problema del nacionalismo de Estado español y de los nacionalismos periféricos —y los llamamos periféricos no atendiendo a la geografía sino al hecho de que no ocupan la centralidad del poder del Estado— en el marco de la *globalización*: de la doble dinámica *globalización/localización* que define nuestro mundo actual. Si se cree que sólo la *globalización* caracteriza nuestra época, los fenómenos nacionalitarios, incluidos también los nacionalismos de Estado, han de ser vistos, necesariamente, como fenómenos reaccionarios del pasado. Pero si somos conscientes de que junto a la *globalización* también es cada día más fuerte la dinámica opuesta y complementaria de la *localización*, de la reafirmación de las identidades colectivas, los fenómenos nacionalitarios de los nacionalismos periféricos pueden, y deben, ser contemplados como factores de reequilibrio potencial e incluso como posibilidades abiertas de recrear la democracia, rescatando para la política lo que los nacionalistas de Estado han cedido, vergonzosamente, a las fuerzas e instancias del Mercado. Y pueden constituir, también, posibilidades para que las personas sean universalistas y solidarias sin perder por ello la identidad propia. Claro que, para que ello pueda darse, los nacionalismos periféricos deben alejarse del modelo de los nacionalismos de Estado: del modelo de Estado-nación, homogeneizador e intolerante con los definidos como “otros”.

Por otra parte, qué papel puede tener, en todo esto, el tema de las llamadas “deudas históricas” es hoy secundario pero no irrelevante. Por ejemplo, tanto el Estado centralista como Cataluña y Euskadi tienen una deuda histórica con Andalucía porque, durante al menos ciento cincuenta años, la expropiación de capital, recursos naturales y mano de obra de aquélla, y la propia política estatal —por ejemplo, la política de ferrocarriles o la política minera en el siglo XIX— fueron factores fundamentales para hacer posible tanto la consolidación del bloque social y político hegemónico a nivel de Estado como el proceso de desarrollo de esas otras nacionalidades, a costa, en gran

medida, del subdesarrollo económico y político andaluz. ¿Cómo podría saldarse hoy esa deuda inconmensurable? Yo creo que, en primer lugar, de un modo simbólico, reconociéndola; y, en segundo, admitiendo que para establecer el montante de las inversiones públicas en cada territorio y país del Estado, se organice éste en el futuro de forma federal, confederal o como fuere, se tenga esto en cuenta y no sólo, por ejemplo, el número de habitantes o los impuestos recaudados. Esto último, entre otros motivos, porque buena parte de la riqueza producida en Andalucía y en otras partes, así como su valor añadido, es contabilizada como si fuera producida fuera, en Madrid o en Cataluña principalmente, por radicar allí las sedes de las entidades empresariales y bancarias que la controlan y se benefician de ella. Esto quizá escandalice, por igual, a los nacionalistas españoles y a muchos nacionalistas “periféricos”. Y, por supuesto, a los predicadores de la “desterritorialización” y a los que gustan autodenominarse “ciudadanos del mundo”, que, como señala Muguerza, practican no tanto el cosmopolitismo sino el “cosmopaletismo”.

6. *La violencia producida por algunos movimientos nacionalistas radicales ha contribuido a extender entre la izquierda la convicción de que, bajo el halo casi sagrado concedido a los conceptos de liberación y emancipación, se han cometido desvaríos (independientemente de la gravedad y el volumen que se les atribuya) al apoyar sin condiciones toda causa autodenominada como “movimiento de liberación”. En razón de ello planean sobre la izquierda ciertas preguntas: ¿Qué cabe entender hoy por emancipación desde una óptica de izquierdas? ¿qué podemos hacer para superar viejos desvaríos sin renunciar a los ideales emancipatorios? Y muy en particular, si interpretamos la emancipación en clave de democratización, ¿son compatibles los ideales emancipatorios y nacionalistas?*

ARTETA.— [¿Que cómo podemos superar desvaríos?] Sólo se me ocurre que por estudio. Pero sobre todo por la capacidad de enfrentarnos a nuestro pasado personal y decir “nos hemos equivocado”. Muchas veces he dicho que la dificultad principal del progre —no del progresista— estriba en su pereza, en su comodidad, en no querer afrontar el riesgo, en no querer abandonar la cuadrilla, en no atreverse a dejar de ser de los suyos... y pasar la soledad correspondiente. Incluso a purgar con soledades

y perplejidades lo que hasta entonces era muy claro. Afrontar su pasado. Los mejores, los que todavía pueden estar hoy en las broncas, si son de mi edad, han sido los progres antifranquistas de entonces. Eso es muy difícil de romper, vale para la política y para tantas cosas. Es tremendamente duro reconocer que tomaste decisiones absolutamente equivocadas, cuando han marcado tu vida.

Te refieres a la aureola que atribuimos a ETA como paradigma de la lucha antifranquista, un ejemplo de la admiración que suscitaba en nosotros cualquier movimiento de liberación...

Hay personas, como Mikel Azurmendi, que nos marcan el camino a seguir. Mikel, que ha sido de ETA, recordaba recientemente, junto a Escubi —su jefe en ETA—, que habían sido los primeros en decir que no había una ETA buena y una ETA mala, que ETA siempre había sido mala. Ha habido gente como él que dijeron que no, que protestaron públicamente por el atentado a Carrero Blanco; yo no lo hice, pero él sí. Que sepan esos progresistas, que esa aureola procede de aquellos tiempos, y que los mejores de todos ellos, prácticamente sin excepción, han renegado de todo aquello. ETA no ha variado en lo fundamental desde el punto de vista ideológico. Sólo hace falta leer cualquiera de sus comunicados desde la tregua para ver qué concepto tienen de nación, de Estado, de democracia. ¡Que lo lean! La pregunta que me hago, que hay que hacerle a esa gente es ésta: ETA, cuando luchaba contra Franco, ¿por qué luchaba?, ¿cuál era su causa?, ¿la causa de la democracia? ¡No!, la causa era la liberación de su pueblo, por cierto, contra la voluntad de la mayor parte de su pueblo, como se está viendo ahora. Recuerdo una entrevista hace poco más de un año a un ex etarra arrepentido, navarro; decía que se metió en ETA convencido absolutamente de que Navarra era vasca y de que la conciencia mayoritaria de los navarros es que éramos vascos y debíamos formar parte de la nación vasca... ¡y yo estaba luchando contra la voluntad de los míos propios! La pregunta, por tanto, es ésta: ¿por qué luchaba ETA?, ¿por la instauración de los derechos democráticos o por los derechos colectivos de su pueblo? ¿Qué ha

traído ETA de bueno? Puestos a provocar a ese señor progresista: ¿el concepto mismo de izquierda *abertzale* tiene sentido? Yo no niego que alguno de ellos tenga mentalidad de izquierda, lo que afirmo es que si es de izquierda está en contradicción con su ser *abertzale* y cuando es *abertzale* tiene que dejar de ser de izquierda. Lo puede extraer de la observación de los hechos o del puro concepto. Esta gente, que se dice de izquierdas, sólo podrían serlo cuando tuvieran su propio Estado. O sea, posponen expresamente cualquier tipo de política social a que, efectivamente, tengan un Estado. No solamente porque tienen que pactar con la derecha nacionalista, sino porque el nacionalismo no es un problema de política nacional, sino un problema de política internacional. El problema es, fundamentalmente, de establecimiento de fronteras. Pero el nacionalismo no tiene como tal un programa; el socialismo, el liberalismo, sí. El nacionalismo se agota en el propio problema de la demarcación. “Nosotros queremos constituirnos en un Estado propio, qué sea luego de ese Estado llegará en un momento posterior”.

Y si asumiéramos nuestros errores, ¿qué sentido le damos, como profesores que nos decimos progresistas, a la idea de concienciación? ¿se puede confiar en la posibilidad de una concienciación crítica que no desemboque en desvaríos fundamentalistas?

Depende de qué clase de concienciación hablemos. Hay una concienciación fascista y hay otras formas de concienciación. Pero yo no dudo de que se pueda establecer la diferencia, porque creo que la razón política es una razón democrática y que la racionalidad, lo que exige la propia razón en el planteamiento respecto de la política es, necesariamente, un modo de pensamiento que sea realmente democrático. No hablo sólo, ni primero, de mayorías. Vamos a ver, ¿podemos distinguir entre la mayor o menor legitimidad del derecho divino de los reyes y del derecho democrático del gobierno? Tampoco creo que todo sea respetable. Imaginemos un movimiento a favor de la vuelta a los principios monárquicos de gobierno, tendríamos que oponernos radicalmente. Si la razón práctica se pone a pensar

en cómo organizar la libertad en la convivencia ciudadana..., tiene que dar necesariamente con los principios democráticos. Ahora bien, si partimos de que aquí hay un Pueblo y no una sociedad, de que existen unos derechos colectivos y unos derechos históricos, entonces tengo que llegar a lo contrario, pero es porque tomo un punto de partida falso. Y es de ese modo como nos desarmamos intelectual y políticamente ante el Estado, el Estado-capital, porque toda la energía crítica se canaliza en una dirección equivocada. No es que el nacionalismo étnico sea malo, peligroso, porque sea excluyente, porque no respeta las mayorías... Ese nacionalismo seguiría siendo malo aunque fuera mayoritario. Si una población vota mayoritariamente nacionalismo, desde el punto de vista formal yo no tendría nada que decir, pero en cuanto a las razones que invoca, seguiría afirmando que son erróneas, por no democráticas.

Además hay otra cuestión, que al progre se le pasa por alto. Hace tiempo que gente como Fernando Savater y otros lo llevamos denunciando ante fuerzas como Izquierda Unida —y hablo de IU con gran pasión porque soy votante suyo o lo he sido por última vez. ¿No caen en la cuenta de que el peor mal —no el más hondo que sería el desmantelamiento de las categorías democráticas, sino más particular, pero no menos radical— es el desmantelamiento de la tarea de la izquierda? ¿No se dan cuenta de que el peor mal que ha traído el nacionalismo consigo es que ha absorbido los pensamientos y la energía de lo mejor de la juventud de este país durante más de cuarenta años? —yo tengo 54 y me ha ocupado toda mi vida de sujeto político—, sin hablar de lo que ha infectado para el futuro —en el mejor de los casos la desaparición de ETA no va a traer consigo la desaparición del nacionalismo— hay una enfermedad que va a tardar años, generaciones... Todavía más pesimista me digo: ¿y los chicos de 13 años que están bajo su férula?, tienen muchos por delante... ¿No se dan cuenta en la izquierda de hasta qué punto éste ha sido una especie de peaje, absolutamente previo, antes de plantear algún tipo de necesidad no nacionalista, digamos socialista? ¿No se dan cuenta

de hasta qué punto la supuesta justicia nacional ha impedido plantear los problemas de la justicia social? Pero sí es de una evidencia absoluta. Aparte de que nos ha quitado mucha energía, nos ha absorbido a muchísima gente, a la más capaz en general, la más creativa, la más consciente... que ha desviado radicalmente sus afanes hacia otra dirección.

MORENO.— Estas preguntas me parecen claves, y por no encararse abiertamente con ellas estamos en la precariedad y la confusión. Convendría, antes de nada, no dar por resuelto automáticamente el tema de qué sea la izquierda. Bobbio, por ejemplo, incidía en el ámbito de los valores para defender la adecuación de seguir hablando, hoy, de izquierda y derecha. Aunque sea simplificar su pensamiento, según él la izquierda representaría la no aceptación de la naturalización de las desigualdades, mientras que la derecha sí la aceptaría como el “orden natural” de las cosas. O frente a un posible conflicto entre igualdad y libertad, la izquierda sacrificaría algo de lo segundo para garantizar lo primero mientras la derecha obraría en sentido contrario. Así, como señala el filósofo político italiano, seguiría habiendo hoy valores, ideales, que podrían ser calificados como de izquierda o de derecha. Pero la cuestión —y esto ya es consideración mía— es si los partidos que se reclaman de izquierda responden actualmente a los valores de la izquierda más allá del puro verbalismo oportunista. Yo dudo mucho de que ello sea así, entre otras cosas porque la ideología del “centrismo” ha acercado muchísimo a los diferentes partidos convencionales no sólo en su práctica sino incluso en la terminología y los valores que dicen defender. Con lo que es el propio sistema de partidos lo que está obsoleto, ya que los partidos no son, actualmente, casi todos ellos, más que maquinarias electorales desideologizadas, de funcionamiento fuertemente antidemocrático, casi mafioso, que aspiran a gobernar, o a participar en los gobiernos, no con el objetivo de poner en práctica proyectos políticos sino para facilitar y gestionar, sacando provecho de ello, las decisiones de las instancias económicas del capital globalizado. ¿Tiene esto algo

que ver con los valores de izquierda? Para mí, ser hoy de izquierda, tenga o no ésta una vertebración política, que no la tiene, es algo muy distinto a repetir jaculatorias y fórmulas que si tuvieron alguna vez validez ya no la tienen, sino oponerse al proceso que es actualmente el generador de la profundización de las desigualdades "clásicas" y también de nuevas desigualdades: el proceso de globalización del capital y de extensión a todas las dimensiones de la vida de la lógica del Mercado. Y lo que más frontalmente puede oponerse a esto, y al *globalismo* como ideología, son precisamente los etnonacionalismos, siempre que no se conviertan en localismos chauvinistas, puramente de resistencia, sino que pasen a ser identidades-proyecto, tal como señala lúcidamente Manuel Castells en su más reciente, y muy importante, libro sobre "El poder de la identidad en la era de la información". Un libro que, de forma significativa, ha tenido poco eco entre los autodefinidos como "progresistas".

Así, en contra de los clichés al uso, es plenamente cierto, como afirma Sádaba, que en modo alguno es incompatible ser de izquierda y ser nacionalista. Yo voy aún más lejos. Considero que, hoy, la forma más coherente de defender los valores de izquierda, más allá del verbalismo o del cinismo estéril, es desde posiciones de nacionalismo no estatalista. Porque son estas posiciones, que reafirman lo identitario, que fortalecen los lazos comunes entre las personas, las que se oponen, objetivamente, de manera más eficaz al avance de los valores mercantiles hegemónicos de la globalización. Es una trampa, y lo ha sido siempre, oponer, como si fueran dos polos irreductibles, nacionalismo e internacionalismo, defensa de la identidad y solidaridad entre los pueblos. Y es un insulto a la inteligencia, o una tomadura de pelo al intelecto, afirmar que son equivalentes, "por definición", sin necesidad de demostración alguna, ni de análisis histórico, nacionalismo e integrismo, nacionalismo y burguesía. ¿Cuánto de integrista y cuánta burguesía hay en las luchas nacionalitarias de los pueblos indios de América por su reconocimiento como pueblos? ¿Fue integrista y

burguesa la lucha de los vietnamitas primero contra el colonialismo francés, luego contra el imperialismo norteamericano y más tarde frente al expansionismo chino? ¿Puede entenderse la resistencia cubana ante el coloso del norte si no es desde muy profundos sentimientos nacionalistas? ¿Y la lucha de los rusos -de la Madre Rusia más que de la Unión Soviética- contra las divisiones de la Alemania nazi, puede explicarse desde otra clave que la del nacionalismo? Claro que también pueden citarse múltiples ejemplos de la relación entre nacionalismo y opresión, entre nacionalismo y violencia agresiva. Ya he señalado que la gran mayoría de los nacionalismos de Estado son violentos. El Franquismo, en concreto, fue un régimen profundamente nacionalista de Estado. Los sublevados en el año 36 se denominaron a sí mismos "nacionales"... Lo que quiero subrayar es que no ha existido nunca una conexión necesaria entre el nacionalismo y una ideología o clase social concreta; aunque, sin duda, en cada época histórica han predominado en el nacionalismo determinadas ideologías y concretas clases sociales o bloques de clases. En el XIX y primer tercio del XX predominaron la ideología liberal y los intereses burgueses -que eran los más beneficiados por la constitución de ámbitos productivos y de mercado "nacionales"-, pero desde finales de la Segunda Guerra Mundial predominan los nacionalismos de liberación, en el llamado Tercer Mundo, y luego los etnonacionalismos o nacionalismos periféricos en el primer y segundo mundos. Para entender el fenómeno hoy, repito que es necesario situarlo en el eje de la reafirmación identitaria (que no es sólo política, sino que está también referida al género, a la orientación sexual, a la lengua, a la religión, a las formas alimentarias...). Y esta reafirmación es la otra cara de la moneda de la globalización, aunque aproveche y utilice elementos de ésta, como también ocurre a la inversa. La revolución chiapaneca y la lucha organizada de la CONAIE (Confederación de Naciones Indias de El Ecuador) son buenos ejemplos de la nueva época, en que, para hacer frente al imperialismo globalizado del capital, está extendiéndose la con-

vicción de que no se puede usar el mismo paradigma sobre el que éste ha sido construido. Frente al paradigma racionalista, hegemónico, hoy neoliberal –aunque fuera también aceptado por el marxismo–, de que, para actuar sobre la realidad es preciso “pensar globalmente y actuar localmente”, los zapatistas y las naciones indias de Ecuador, pero no sólo ellos, han comenzado a poner en practicar el paradigma de “pensar y actuar globalmente desde lo local”; es decir, partir de la reafirmación de la identidad cultural y política propias, enmarcando éstas en el contexto global, y actuar, a la vez, sobre lo local y lo global con instrumentos tanto locales como globales. La utilización simultánea del tzotzil y del inglés en la primera aparición pública del ejército zapatista y su uso tanto de las redes comunitarias tradicionales como de Internet, ilustran perfectamente la puesta en práctica del nuevo paradigma.

7. Los movimientos nacionalistas que cuestionan a los Estados existentes se consideran portadores de identidades colectivas marginadas, exigiendo la constitución de un Estado basado en el reconocimiento de sus derechos como sujeto colectivo. Traían, así, de llevar a la práctica un concepto de Democracia del pueblo o para el pueblo bastante dudoso, porque no parece que la Democracia pueda reposar sobre la pertenencia a un sujeto colectivo cuyo perfil es bastante ambiguo, si no imaginario, sino sobre la extensión solidaria de los derechos cívicos depositados en los sujetos individuales.

MORENO.— Tanto la democracia, como el respeto a los diferentes, como el racismo, como las creencias o increencias, o como el sentimiento nacionalista, se aprenden, se adoptan, en tanto que miembros de una sociedad, no son innatos, instintivos. Al igual que la ideología del individualismo y de la competitividad, que tampoco es algo “natural”. Es la educación liberal-burguesa, con raíces en la Ilustración –que ha impregnado también al marxismo–, la que lleva hoy a muchos a afirmar, como si de algo obvio se tratase, que no existen sujetos colectivos, que sólo son posibles sujetos individuales. Tampoco aceptan, por ello, la existencia de identidades colectivas. Este dogma está en la base de una consideración restrictiva de la democracia: la que considera que la sociedad, ¿el Estado?, se compone sólo de una

suma de individuos. Como según esta ideología todos los individuos somos iguales ante la ley y poseemos los mismos derechos, cualquier alusión a derechos colectivos es considerada reaccionaria, o al menos anacrónica, “pre-moderna”, “pre-política”. Aquí hay una trampa. Por supuesto, en última instancia, los derechos, como las injusticias, recaen en cada persona concreta, pero esto no significa que una persona no pueda poseer derechos, o recibir injusticias, en tanto que miembro de un colectivo. Si no fuera así, estaríamos negando el propio concepto de genocidio, así como los de etnocidio, racismo, sexismo, discriminación por razones de orientación sexual, o étnica, o religiosa, o lingüística... Según ello, deberíamos estar también en contra de, por ejemplo, una legislación laboral especial para las mujeres embarazadas, que impida sean despedidas de sus trabajos cuando se encuentren en ese estado. ¿Y por qué los disminuidos físicos o psíquicos deberían, entonces, tener un tratamiento diferente al resto de las personas? ¿Y por qué los desempleados, o los viejos? Tanto en el ámbito económico, como en el social, el cultural y el político, los desiguales, muchos de los cuales lo son porque la desigualdad ha sido construida mediante una lectura perversa de sus diferencias respecto al modelo definido como “normal”, han de ser tratados desigualmente para que podamos avanzar hacia la igualdad en el respeto hacia las diferencias. Esto es así, por más que se empeñen en convencernos de lo contrario los jacobinos y muchos otros “progresistas”..., que curiosamente coinciden en esto con los predicadores del más duro neoliberalismo. A pesar de unos y otros, las identidades colectivas, los sujetos colectivos, existen. Para lo bueno y para lo malo. Para ser privilegiados o para ser discriminados o marginalizados. Esto es evidente, guste o no, se reconozca o no. Y los pueblos (las naciones), modelados en la larga duración, y a veces cristalizados en procesos de etnogénesis más cortos, son uno de esos sujetos colectivos, junto a los colectivos de género, a los colectivos de clase y socio-profesionales, y a aquellos que se identifican en torno a unas creencias o unas expresiones culturales convertidas en símbolos.

¡Cómo no se dan cuenta algunos de que afirmar la existencia solamente de sujetos individuales es garantizar el funcionamiento, sin restricciones, de la ley de la selva! Otra cuestión distinta es la potencial confrontación, o incluso incompatibilidad potencial, que pueda darse, en algún caso concreto, entre algunos derechos individuales y ciertos derechos colectivos. El problema es real, aunque menor de lo que suele airearse como excusa de la negativa al reconocimientos de estos últimos. Y se encuentra bien resuelto en los trabajos sobre negociación del pluralismo de autores como Kymlicka, Charles Taylor, Rodolfo Stavenhagen, Panikkar o, entre nosotros, Javier de Lucas.

II PARTE. NACIONALISMOS, SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

8. Cambiando la perspectiva hacia los asuntos educativos, un hecho bien conocido, y reconocido, es la instrumentación nacionalista de la enseñanza de la Historia por parte del poder. Al respecto, existe un lamento bastante compartido en torno a la incapacidad del Estado español para conducir la política de nacionalización en un sentido cívico, ya fuera por la orientación dada a la formación histórica o por las propias insuficiencias estructurales del Estado. En un trabajo tuyo [Riquer] te refieres a ello como la "débil nacionalización" española, aunque cabe pensar si esa "débil nacionalización" no fue el contrapunto de una nacionalización contundente, porque, con todos sus defectos, el Estado español se acaba construyendo y consolidando.

RIQUER.— El Estado español se construye sobre todo en el siglo XX, pero en el XIX ocurre algo importante, no sólo atribuible a la época moderada, sino incluso a la Restauración canovista. La vinculación entre discurso identitario oficial nacionalista y discurso católico es tal que sólo hay que ver los libros de texto, los manuales escolares del XIX, para comprobar dos cosas: la vinculación entre Historia Sagrada e Historia de España. La Historia de España empieza con capítulos de Historia Sagrada. Primero se empieza con Adán y Eva, con Noé y de ahí a Indíbil y Mandonio. Hay una legitimación religiosa de la Historia de España. Pero no sólo eso, la Historia de España que aparece, aquello en lo que se pone énfasis, aquellos elementos de la identidad oficial que se pretenden

construir... se resume en fórmulas tan contundentes como la de un pequeño catecismo de finales del XIX que definía España como "martillo de herejes, espada de Roma, luz de Trento y cuna de San Ignacio". Es una definición ideológica, en la que se excluye a toda la gente que no se siente identificada ni con Trento ni con San Ignacio ni con Roma ni con la ortodoxia. Eso es grave, porque además va acompañado del añadido castellanizador. ¿Quiénes se sienten excluidos de ese discurso? Por un lado, todo el sector izquierdista, partidario de la secularización...; por otro, los sectores no castellanistas, aunque sean muy conservadores y muy católicos. El discurso nacionalizador español no es cohesionador, sino que intenta imponer unas pautas y excluye a los otros; los otros no existen, o son malos españoles.

[Pero estos hechos hay que situarlos en un contexto] En España está la cuestión de las guerras civiles, en las que buena parte de la Iglesia adopta posiciones antiliberales. Creo que las guerras civiles hispánicas han significado un resultado contradictorio, curioso: acaban en una reconciliación (al final de la 1ª y 2ª guerra carlista no se fusila a nadie, se indulta y se devuelven propiedades) al tiempo que se impone la intransigencia del discurso de la nación, el discurso de los vencedores. A eso se suman las crisis económicas y constantes tensiones sociales que impregnan a la sociedad española del XIX, con un elemento muy original, como es el militarismo, donde los militares se presentan como la esencia de la patria, ahí donde abdican los civiles. Sólo hay que ver que el ejército es el único instrumento de cambio político del siglo XIX.

Que el ejército no fue un instrumento de nacionalización de las conciencias queda bien claro con el sistema de quintas

Es una masacre. El sistema militar genera un sentimiento de no identificación con el ejército y el Estado. La quinta es el impuesto de sangre que pagan los pobres. Para el pobre campesino andaluz, extremeño, la quinta es el desastre. Para estos pobres, el Estado liberal es la guardia civil, la contribución y la quinta, ¿cómo se va a identificar con eso?, ¿qué adhesión le puede generar si ese Estado no crea escuelas, no le da pro-

tección laboral, ningún tipo de ayuda y tan sólo le exige impuestos en dinero o en sangre. ¿Quién se identifica entonces con el proyecto de la España oficial? Poca gente, por eso hablo de la debilidad del mensaje, lo cual no quiere decir que el Estado no fuera eficaz, no cobre impuestos, no ejecute a la gente, no aplique la ley cuando quiera...

Asuntos tan aparentemente desestatalizados, como el caciquismo, serán un instrumento fundamental...

Lo cual implica la debilidad política. Hay caciques porque el gobierno no llega a todos lados y necesita de los caciques, pacta con ellos. El cacique y el Estado se aseguran recíprocamente cosas, yo te dejo actuar y a cambio me garantizas que no se mueve nadie en mi contra. Aunque predomina más el cacique paternalista que el violento, porque tiene más compensaciones.

De ahí nace el problema de legitimación del Estado español, de un Estado que no es "visible", variable fundamental para explicar la evolución del nacionalismo vasco.

Este drama español llega hasta las escuelas de la República. En muchos pueblos cunde la idea de que con la República vimos por primera vez al Estado, porque con ella llega la Escuela: "años abandonados en manos del cacique y ahora, finalmente, tenemos al maestro".

9. *Independientemente de los efectos particulares que provocara en cada ciudadano la política (o antipolítica) de nacionalización, lo que se observa a la larga es la conformación del imaginario colectivo al discurso nacionalista, con la asunción generalizada de la idea de que todos pertenecemos y debemos pertenecer a una nación, a una patria, y la impregnación etnicista de dicho concepto. En cuanto profesionales del conocimiento y la enseñanza que tratan de promover una conciencia política compatible con la democratización, ¿cómo debemos afrontar semejante "éxito"? A juicio de Arteta habría que considerarlo una "infección", que sólo sería posible reducir si combatiéramos las condiciones que favorecen su contagio...*

MORENO.— Creo que en la propia forma de la pregunta se deslizan algunos de los prejuicios más extendidos respecto al nacionalismo. Sobre todo, la utilización de términos como "infección" o "impregnación etnicista". El nacionalismo vendría a ser una enfermedad, una patología, responsable de los males de la sociedad. "No hay nacionalis-

mos buenos y malos, democráticos y no democráticos", afirma Savater, uno de los máximos gurús de la progresía española. "Sólo hay nacionalismos más o menos graves", añade. Es decir, cualquier nacionalismo es, por definición, una enfermedad. Una enfermedad antidemocrática, por más señas. Esto tiene un nombre, que hay que utilizar, aunque muchos se rasguen las vestiduras: terrorismo intelectual. Ya en el año 90, poco después de la caída del muro de Berlín, escribí, parafraseando a Marx, que "un nuevo fantasma recorre el mundo: el nacionalismo". Y es que, eliminado el "peligro comunista", había que buscar un nuevo fantasma como chivo expiatorio que sucediera a aquél para convertirlo en el objeto de todas las diatribas y exorcismos, desviando así la atención de las verdaderas causas del actual desorden mundial, concretado en el aumento sin precedentes de las desigualdades territoriales y sociales y en la amenaza al equilibrio de nuestro ecosistema. Causas que no provienen precisamente del nacionalismo sino del avance incontrolado de la globalización del capital y de los mercados (con la significativa excepción de los mercados de trabajo) y de la transferencia del poder de decisión desde el ámbito político al económico por parte de los gobiernos, se declaren éstos abiertamente de derechas o se autodenominen "de izquierdas". Precisamente, cierto tipo de nacionalismo, como apunté antes, podría ser un camino alternativo para tratar de oponerse a la barbarie mercantilista y a la homologación cultural totalitaria que la acompaña y para tratar de rescatar capacidad para lo político.

Y conviene constatar que esa "asunción generalizada de que todos pertenecemos y debemos pertenecer a una nación", que señaláis, proviene no tanto del hecho nacional como del hecho estatal. Con la Modernidad, el Estado se convierte en el absoluto social (en el sacro) central, desplazando a la Religión. Toma entonces, como legitimación, la ideología nacional, que sustituye, al menos en gran parte, a la ideología religiosa. Cristaliza así el modelo de Estado-nación que se consolida en Europa a partir de la Revolución Francesa y que Europa impone al mundo, independientemente de cuántos

les fueran los contextos y realidades locales y de que, ni siquiera en Europa, sean numerosos los casos de coincidencia entre un Estado y una nación (cultural y política). El patriotismo, al menos tal como hoy lo conocemos, que algunos, no sé si de broma, dicen que es "natural" (?) –tampoco conozco en qué gen sitúan esta característica humana supuestamente innata– apenas tiene, y eso sólo en algunos lugares, más de doscientos años. El "todo por la patria" es un mandato del Estado, eso sí, revestido o enmascarado bajo los ropajes de una, casi siempre supuesta, nación. Como las naciones son mucho más antiguas que el patriotismo, difícilmente podemos aceptar que éste sea consustancial con la existencia de una identidad nacional. Antes al contrario, cristaliza cuando se consolida el modelo de Estado-Nación, que es construido, básicamente, desde los Estados, aunque luego pase a ser también un componente de la ideología de los nacionalismos de las naciones sin Estado. Que esto es así lo confirma el hecho de que el debilitamiento de ese patriotismo, paradigmáticamente reflejado en estos últimos años en el espectacular crecimiento de la insumisión y la objeción de conciencia, se produce precisamente cuando tiene lugar el doble vaciamiento de los poderes del Estado, tanto "hacia arriba", a las instancias supraestatales, como "hacia abajo", a los ámbitos subestatales.

Hoy, ese patriotismo tan definidor de los nacionalismos de Estado se mantiene, sobre todo, en los grandes espectáculo deportivos, convertidos en rituales nacionalistas de Estado, con toda la parafernalia de banderas, himnos, violencia simbólica y no simbólica, celebraciones colectivas, solemne entrega de trofeos y medallas, desfile triunfal de los vencedores, recepción pública a éstos por parte de las autoridades... Los campeonatos del mundo, o de Europa, o de América, de selecciones "nacionales" de fútbol (en realidad, de selecciones estatales, salvo para el caso del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, que sí tiene cuatro equipos nacionales), las Olimpiadas (con la lucha por la clasificación de cada Estado en el *ranking* de medallas, tan lejana a la supuesta ideología olimpista), y otros acontecimientos "de-

portivos" diversos son en la actualidad, sobre todo, ocasiones de reproducción de los nacionalismos de Estado. Aunque también, como todos los demás ámbitos de la vida social, responden, cada vez más, a la lógica del Mercado. Por ahora, ambas lógicas, las del Estado y el Mercado, guardan en este ámbito un cierto equilibrio, pero en el futuro pueden llegar a ser incompatibles.

ARTETA.– Hay una cuestión de la que no somos suficientemente conscientes. Hay muchos factores asociados a la eclosión y el éxito de los nacionalismos, pero, de todos ellos, el primero que propongo hoy en día es la ignorancia ciudadana. O sea, la ignorancia de la ciudadanía en ciudadanía, la ignorancia democrática, la mala formación política. Y no me refiero sólo a la de los muchachos, hablo de la formación anterior, la de sus profesores. Es evidente que hay una mentalidad pre-política. Hace tiempo leí un libro, una especie de diario, de cartas de un tío mío que vive la Guerra Civil. Era un maestro, presidente de la federación de maestros de Navarra, sin duda ninguna un tipo listo. Cuenta cómo se está preparando para la guerra, hasta que lo matan, y lo matan pronto, y uno se queda apabullado porque no hay un sólo concepto, una sola alusión a la democracia, sólo a la religión, etc. Esto nos lleva al supuesto de la naturalidad de la democracia, que es absolutamente falso, como si nació democracia de toda la vida. No, mire Ud., nacemos (ya me entiende), a lo sumo, patriotas, pero no demócratas. La democracia es algo que tiene que aprenderse y se tiene que vivir permanentemente porque, entre otras razones, democracia no es un régimen político sólo ni fundamentalmente, democracia es un ideal. Nadie ha nacido en el vientre democrático. Y tampoco hay que olvidar cuestiones más genéricas, que no son específicamente españolas o europeas, como el triunfo del individualismo posesivo, que favorece al nacionalismo porque se aprovecha de esa orfandad que crean los procesos modernos, mercado, globalización, etc., que de repente nos dejan sin el seno materno, sin el hueco cálido. Es evidente que el nacionalismo arraiga en esta sensación, la necesidad de un vientre materno, de un cobijo.

Segunda cuestión, hablando de otras confusiones que favorecen al nacionalismo. Por ejemplo, confusiones de *abc* sobre la democracia: la democracia entendida únicamente como forma, como una cuestión estrictamente procedimental, que sin duda lo es, y si me apuras reconoceré que es esencial. Pero la democracia no es sólo forma, un conjunto de procedimientos para producir una representación política (candidatos, partidos, parlamentos...), ni tampoco es un proceso únicamente referido a la toma de decisiones, por lo tanto, ley de mayorías. La democracia es mucho más ¿Por qué digo esto? Porque hay un nacionalismo democrático en este sentido, un nacionalismo que reconoce y respeta las reglas del juego, la representación, y está dispuesto a presentarse a las elecciones, a constituir partidos políticos, a gobernarse de acuerdo con la ley de mayorías y minorías, etc. Ese sería un nacionalismo democrático desde el punto de vista de la teoría democrática, pero no desde el punto de vista del espíritu democrático. ¿Por qué? A mi juicio es muy fácil de explicar. Las raíces mismas de donde arrancan la democracia y el nacionalismo son absolutamente antitéticas, donde el nacionalismo afirma al pueblo como sujeto político, la democracia lo hace con el individuo; si en aquél se trata de historia pasada, en la democracia se trata del presente; mientras el nacionalismo recurre a categorías de carácter natural, como la etnia, la democracia se funda en el acuerdo. Si allí se están buscando derechos colectivos, aquí individuales. Y una [oposición] fundamental: si para el nacionalismo se forma parte de una comunidad que es anterior, sagrada..., en la democracia se forma parte de una sociedad, no de correligionarios, sino sólo de conciudadanos. En cuanto al nacionalismo radical ha roto incluso con toda forma democrática, pero participan de las mismas creencias. De la existencia del mismo tipo de comunidad. Por eso no era nada difícil aventurar que ambos se iban a fundir.

Defiendes, por tanto, que aunque los nacionalismos hayan podido contribuir a la democratización, la formación democrática implica necesariamente la desnacionalización.

Radicalmente. Necesitamos romper con nuestro primer sentido político, que es el patriotismo.

Un concepto profundamente arraigado en nuestra cultura, se nace en un país lleno de rituales patrióticos, empezando por el fútbol.

Eso es, ¿qué es uno políticamente cuando todavía no tiene conciencia política y permanece en un estado irreflexivo? Lo que le da su paisaje, su lengua, sus padres, la comunidad más inmediata y cercana. ¿Y por qué queremos volver luego al lugar donde hemos nacido o nos hemos criado? ¿De dónde procede el sufrimiento de los emigrantes y los exilados? Les falta el olor y el sabor de su mundo, el color de sus paisajes, la lengua en la que se pueden comunicar. Ése es un sentimiento político y el más inmediato. Pero desde ahí al sentimiento ciudadano hay un trecho muy grande. Esto no quita para nada que uno no deje de reconocerse patriota –yo puedo reconocer que lo soy con tal de que me dejen explicarlo–, pero si uno se queda sólo en ese sentimiento se queda en un estado primitivo de la política. Mal demócrata y mal ciudadano sería si sólo fuera patriota, porque el sentido de solidaridad con los míos sería como decir “yo soy miembro de mi familia y defenderé ante todo a mi familia”. Sí, pero, ¿incluso a costa de las injusticias con los demás? El sentido tribal de la política es el patriotismo, porque está dispuesto a cualquier cosa en función de esos datos primitivos, absolutamente arraigados en lo más inmediato de la existencia y por tanto mucho más vigorosos.

10. Entre las condiciones que contribuyen a modelar la conciencia política cabe destacar el papel de los intelectuales. En ese sentido, ¿qué grado de complicidad observarías entre los intelectuales y las élites dirigentes? O en otros términos, ¿de qué grado de hegemonía disfrutaban hoy los intelectuales orgánicos? Si nos fijamos en el ámbito estatal, ¿compartís la idea de una salud recobrada por parte del españolismo esencialista y sus adláteres?. Si nos fijamos en las comunidades autónomas, ¿compartís la idea de que estamos asistiendo a una réplica del integrismo españolista en forma de políticas de euskaldunización, catalanización u otras similares respaldadas por la intelectualidad? En ese contexto, ¿qué hay detrás de la reconversión de intelectuales al discurso nacionalista?, ¿no es una respuesta oportunista a las nuevas condiciones de obtención de poder y privilegios impuestas por la descentralización del Estado?

RIQUER.— [En relación a la salud del españolismo], ahí tenemos el libro de la Real Academia de Historia, premio nacional de Historia. Un libro metodológicamente de hace 70 años, que parece un insulto al intelecto. Hay colaboraciones científicamente impresionables e ideológicamente fascistas. Así que cuando Carlos Forcadell, en el coloquio de Vitoria, dice que el nacionalismo español desapareció, me parece que se equivoca.

Otro problema es que en parte de las aulas de universidad y de los institutos existan profesores que hayan conseguido relativizar esto, crear anticuerpos, mientras los discursos oficiales y los medios de comunicación [siguen anclados en el pasado]. Mi opinión es que se está produciendo una especie de duplicidad, de divorcio muy curioso. La mayoría de los colegas universitarios ya no hacen esos discursos, los critican, pero su labor tiene muy relativa eficacia frente a un discurso oficial que monopoliza los medios de comunicación, la prensa, incluso libros y premios. Este es el problema. A este respecto ha habido una etapa perdida. En los años 80, durante el gobierno socialista, se hicieron cosas, pero se podía haber hecho mucho más, sobre todo en el terreno ideológico, cultural. El ministerio de Cultura nunca ha sido un ministerio de las Culturas Hispánicas, incluso cuando ha habido un ministro catalán. Ha sido una etapa frustrada. Era el momento, con la legitimidad que daban los 10 millones de votos, para decir: *"No estamos de acuerdo con la España oficial que nos han vendido y que viene del Franquismo y vamos a plantear la auténtica España plural, lo que empieza entre otras cosas con política cultural y política de enseñanza"*. Pero eso no se hizo — habría que ver por qué —, y se hicieron otras cosas, ambigüedades. El resultado es que una gente que estaba callada y que podía haber seguido estándolo..., como los Jiménez Losantos, o la Real Academia Española, han resurgido.

[En relación a la réplica de ese discurso en el ámbito vasco o catalán], de entrada está la pura emulación. Si los de al lado hacen un discurso esencialista y afirman sus orígenes en el siglo V, nosotros no vamos a ser menos. Todo el mundo se legitima de ese modo porque el otro lo hace y porque tiene

cierta eficacia. Hay un elemento de emulación, de rivalidad. Los discursos se hacen explícita o implícitamente porque hay un discurso rival. Si ellos tienen al Cid, nosotros a Guifré *el Pelós*; si ellos a San Fernando, nosotros a Don Jaume *el Conqueridor*. Esto lo hacen todos, franceses, italianos, catalanes, vascos; impregna la enseñanza de la Historia en todas partes, en Francia, en Alemania, etc.

ARTETA.— [Centrándome en el caso vasco, que es el que conozco más], la política lingüística es suficientemente ilustrativa sobre el papel de los intelectuales de las Ciencias Sociales. La Sociología, y todas sus derivaciones de investigación social, ¿a qué se está dedicando fundamentalmente?, ¿por qué está al servicio de la construcción nacional, que al final es una construcción política estatal?, ¿por qué?. En la práctica, ¿cuál es la cantidad de dinero que se dedica a las llamadas ciencias humanas, a todo tipo de trabajos, de investigaciones, de becas, congresos, revistas, reuniones, cátedras...? Y, por tanto, ¿cuál es el grado de instrumentalización que los gobiernos autónomos, en pro de reivindicaciones soberanistas o separatistas, hacen de los supuestos científicos, que se pliegan absolutamente a eso? Esto se puede contabilizar. Y en Filología, no te quiero ni contar. Veamos también la otra cara de la moneda. Si resulta que hay miles, miles de personas, decenas de miles, de forma individual o agrupada, institucionalizada o no, que están viviendo de eso en la enseñanza, en todos los departamentos de cultura, ¿cómo removemos todos esos intereses que han cristalizado en forma salarial, de puestos de trabajo, de cargos? Tenemos enfrente a unas personas que tienen unos intereses muy reales en seguir manteniendo todo eso. Tratando de ser muy realistas, si damos un paso más y cogemos cualquier proyecto, una investigación acerca de la conveniencia o no de la euskaldunización, es absolutamente sintomático que no hay gobierno que en lugar de contar con gente que plantee los últimos interrogantes, lo que pidan es un informe sociológico. Lo que importa no es el por qué, sino el cómo, el cuánto, los ritmos. ¿Y quién mide el cómo? Un político ¿El cuánto? Un economista

¿Los ritmos? Un filólogo o un sociólogo. Una pregunta que no se hace jamás ningún político es por qué. ¿Cuál es la legitimidad que tiene todo esto? ¿Hay demanda o se trata de crearla? Que más da, vamos a medirla y, por tanto, "investigación sociológica". Investigaciones mal hechas por sistema: si Ud. pregunta ¿quiere saber euskera?, la respuesta será sí en un 100%. Pero eso no es una pregunta sociológica ni nada. La pregunta tendría que ser: dígame, entre todos estos deseos, propuestas que Ud. tiene —que su hijo encuentre trabajo pronto, que disponga de servicios, etc.—, qué lugar ocuparía el euskera; y ahora ponga Ud. cuál es el coste que está dispuesto a asumir, porque entonces medirá el coste real. Para empezar, la medición misma es absolutamente errónea, porque está al servicio de los gobiernos que encargan los estudios. La cuestión última no es cuántos quieren, incluso aunque fueran un 100%. ¿Ud. cree que un gobierno democrático tiene que ponerse al servicio de todas las demandas? Entonces Ud. está confundiendo deseos con derechos.

¿Quieres decir que bajo el formalismo democrático se practican políticas educativas antide-mocráticas?

Sí, porque la democracia no es un mercado. La democracia necesita discutir cuáles son las necesidades más urgentes, cuáles son los derechos que están detrás de todo esto, y ponerlas en un orden de justicia. No se reduce a ordenar las preferencias, también debe formarlas y ponerlas en un orden debido de justicia. Un sistema democrático no es sólo un sistema de representación, de toma de decisiones mayoritarias, es un sistema de debate público, de deliberación, pero ésta es la parte fundamental que se olvida siempre. No se trata sólo de votar, sino de formar las voluntades que finalmente se van a expresar en un voto. ¿Que un 80% pide la enseñanza en euskera? Esa es hoy una demanda absolutamente inducida y Ud. encarna la profecía auto-complaciente. Ud. dice: para entrar en la administración, requisito: euskera; para entrar en el mercado laboral, también aunque esto es mentira (se puede comprobar, por ejemplo en Navarra, que en las empresas, los comercios, no se exige para nada el eus-

quera) y, sin embargo, se ha extendido por todos lados la idea de que si uno no conoce el euskera se quedará sin trabajo, con lo cual ¿qué quieren los padres?, que sus hijos aprendan euskera para que no queden en situación de inferioridad. La demanda, por tanto, es inducida, con argumentos absolutamente falaces, mentirosos, torticeros, y después está mal medida y para colmo no se valora, no hay categorías para valorarla. Por tanto, toma cualquier plan, de política lingüística, cultura, de lo que quieras, que ahí estarán presentes todos los que no tienen ningún concepto, ninguna categoría valorativa, porque su supuesta ciencia se basa en la neutralidad valorativa, en la ausencia de juicios de valor. Así llegamos a otra cuestión fundamental. La única persona que puede plantear esa política, el por qué y el para qué, es la persona que queda absolutamente excluida por los poderes públicos, en beneficio de aquellas personas que de una manera absolutamente acrítica pueden aportar los datos para que el político decida sobre esa base lo que quiera. Aquí está una de las madres del cordero de las Ciencias Sociales, porque no es verdad que sean avalorativas. El propio supuesto del que parten está impregnado de juicios de valor y ha sido resultado de múltiples juicios de valor. Quitas todo eso y siguen siendo ciencias que tienen la pretensión de tener la última clave... son de una arrogancia pasmosa. [Insistiendo sobre la política lingüística], la pregunta que yo he lanzado a todo el que me ha querido oír es: por qué. Y la respuesta es muy sencilla, porque la lengua es la base de la construcción nacional, la base de una nación, y por lo tanto el instrumento más básico. Es un silogismo de lo más obvio: no hay nación que no sea hija de una lengua (un punto de vista romántico). segunda premisa; no hay nación que no tenga derecho a ser Estado. En conclusión: hace falta una lengua para ser una nación, para ser un Estado.

Es el punto de vista que acabó triunfando en ETA: la pretensión de Txillardegi de que el euskera debía ser la base de la nación en lugar del pueblo trabajador vasco y que llevará a identificar al vasco no euskaldunizado como el principal enemigo de la construcción nacional, la

quinta columna –“más vale un negro que sepa euskera que un vasco que no lo hable”, como más tarde lo expresó Arzallus.

Efectivamente, ETA insiste en eso. El plan fundamental de ETA y los demás nacionalistas es ése, ¿cómo va a ser eso progresista? Mientras toda la universidad se queda callada y se está dispuesto a todo. Por ejemplo, cosas tan tontas como la toponimia. Ahí tenemos, una vez más, a historiadores, archiveros, lingüistas... buscando a través de los topónimos los límites que tuvo y deberá tener Euskal Herría. La pregunta que no se hace nunca un filólogo, un historiador es: ¿y quién le dice a Ud. que el hecho de que se base en [la lengua que se hablaba en] el 1200... le concede hoy algún derecho a cambiar los nombres de los lugares? La política lingüística lo que tiene que hacer es crear medidas respecto al idioma que se habla. El criterio fundamental es el del uso, y los derechos de los hablantes consisten en esto, no en otra cosa. En palabras suyas: si la filología distingue entre normativización y normalización, es obvio que la normativización es un conjunto de tareas que tiene por objetivo tratar de crear las normas lexicales, sintácticas, de ortografía, de una lengua, en este caso el euskera, con vistas a su unificación, porque está repartida en muchos dialectos. Muy bien, ésa será tarea estrictamente filológica y que en último término se puede atribuir a una Academia de la Lengua Vasca. Pero la normalización es otra historia, ¿Por qué nadie discute la palabra normalización? Eso es de risa. ¿Quiere decirse que lo que hay no es normal? ¿Que hay que normalizar lo que supuestamente es anormal? Justifíqueme Ud. por qué es anormal eso, y por qué la conveniencia de la normalización. Yo le puedo decir que hay que normalizar el problema de la pobreza, si se entiende que la pobreza es anormal desde categorías ético-políticas, y son convenientes por tanto unas políticas de redistribución. Puedo justificar que esto es anormal desde estos criterios, no desde criterios estadísticos. Y ésa es otra, lo normal desde el punto de vista estadístico y lo normal desde el punto de vista de lo que debe ser. Pero justifíqueme Ud. por qué es anormal que hoy los hablantes

nos entendamos en un 100% en castellano, y por qué es conveniente que tengamos que recuperar el vascuence (una lengua reducida, desaparecida, según los casos, desde hace tantos siglos) para que se dé bilingüismo. Si fuera un bilingüismo real, por supuesto, pero yo estoy hablando de los derechos de los hablantes. Pero si el bilingüismo es un *desideratum*, justifíqueme por qué. Resulta que aquí sólo un 10% son bilingües, hablan todo el día en castellano, pero entre ellos pueden hablar en euskera, ¿y por qué es ideal que el 100% sean bilingües?

[Otro ejemplo de complicidad] En un manifiesto reciente escrito por Elkarri, con toda su retórica vacía y llena de trampas, firmado por un grupo de personas que se tendrían por “equidistantes” y hasta de izquierda –y que constituye una justificación de ETA– de repente se habla de minorías, de respeto a las creencias. Y uno se da cuenta de que se refieren a las minorías nacionalistas de Navarra, y te preguntas: ¿en qué consiste el respeto a las minorías?, ¿en que la minoría [imponga su criterio] a la mayoría? Solamente hay unas minorías particulares, que son las minorías étnicas, a las que efectivamente –y de acuerdo con Kymlicka– hay que concederlas unos derechos especiales. Pero, ¿la minoría de votantes nacionalistas de Navarra, como mucho un 20%, es una minoría étnica? No, es una minoría ideológica. [...] Todo esto se confunde sistemáticamente. Las víctimas, también todas las víctimas iguales... y así, una confusión tras otra, mientras los promotores de la confusión son galardonados por el gobierno de Navarra.

MORENO.– Actualmente, y cara a la posibilidad de vertebración organizada de los valores de izquierda, la complicidad intelectual que me parece más peligrosa no es la existente con los nacionalismos esencialistas, sean éstos nacionalismos de Estado –que lo son todos– o nacionalismos periféricos –que también lo son, al menos hasta hoy, la mayoría de ellos–, sino la complicidad activa con la ideología del individualismo que practican muchos intelectuales y comunicólogos que no son otra cosa, aunque algunos de ellos puedan ignorarlo, que publicistas de los pilares sobre los que se ha

construido la doctrina neoliberal. Es el "individualismo metodológico", la asunción profunda de los principios del liberalismo, aun en los casos en que se pretende enfrentarse a éste, lo que impide aceptar la evidencia de los sujetos colectivos. Que están compuestos por individuos —no va a ser por ballenas o elefantes— pero que no son sólo una agregación de individuos.

11. Preocupados como estamos por superar los déficits democráticos de nuestra sociedad, un problema prioritario que ya ha quedado planteado es la nula formación política que reciben o manifiestan los jóvenes. Si la democratización exige participación, difícilmente pueden hacerlo quienes desconocen las claves básicas de la política; quienes ignoran casi todo acerca de los conflictos que convulsionan la convivencia. Esto nos conduce al dilema de cuáles deban ser los planteamientos de la enseñanza de las Ciencias Sociales entendida en clave de contribución democrática, de cultura cívica, particularmente en un momento en que las disciplinas sociales, sobre todo la Historia, pierden protagonismo en la formación ideológica frente al poder hegemónico de los medios de comunicación de masas. A la hora de definir y proporcionar esa clase de cultura, de perseguir, como antes declamamos, una conciencia crítica del presente, ¿dónde están las posibilidades y dónde los obstáculos? ¿Cómo debe influirnos el hecho del poder adquirido por los medios de comunicación?

MORENO.— Yo creo que los jóvenes no sólo tienen falta de formación política, sino falta de formación a secas. Y el problema no se resuelve simplemente poniendo más horas de esta o aquella asignatura, sino determinando cuáles deben ser los objetivos de la escuela, del instituto, de las diversas carreras universitarias. Algo a lo que no puede llegarse sino tras un amplio y serio debate que involucre a todas las partes conectadas con el sistema educativo. Y volviendo atrás de algunas barbaridades perpetradas con la excusa de la "educación libre" y del fomento de un supuesto igualitarismo (igualitarismo por abajo, claro está) que han puesto en bancarrota toda la enseñanza pública y han desmotivado tanto al alumnado como a la mayor parte del profesorado. Y no es que la enseñanza antes de la reforma fuera algo de lo que cabe ser nostálgico, pero creo que realmente la situación ha empeorado, como siempre que se plantean objetivos abstractos ambiciosos y no se ponen los medios humanos ni económicos necesarios para ello, ni tampoco

voluntad política. El problema principal, con todo, para tratar de encontrar una vía de mejora a todo esto, estriba en que ninguna administración, ningún partido político está dispuesto a encarar con un mínimo de rigor, y sin barata demagogia, el tema del sistema educativo. Que está, además, en general, en manos especialmente ineptas. Lo uno y lo otro se debe, fundamentalmente, a que, en realidad, en contra de lo que se repite de forma constante, la educación escolar, a todos los niveles —la educación pública, me refiero—, no interesa a casi nadie. Precisamente porque ahora sólo es uno de los canales, y costoso además, para formar (o deformar) a la gente. Existen otros que resultan más baratos, y eficaces desde el punto de vista de la inoculación ideológica, como por ejemplo las televisiones. De ahí la posibilidad, y la necesidad también, de que los centros escolares se conviertan en núcleos culturales de resistencia. Aunque esto, hoy por hoy, sea algo utópico, ya que ello no puede hacerse sino involucrando, al menos, a una parte del profesorado.

Uno de los problemas centrales es, sin duda, la enorme desconexión entre la escuela (o el instituto, o la universidad) y la vida real. Pero tratar de superar esto haciendo que los niños cuenten el número de papeleras y de contenedores que hay en su barrio es una broma de mal gusto que, sin embargo, se da. Tampoco es cuestión de que el maestro, el profesor, llegue a una clase y todos los días el aula se convierta en una tertulia para comentar la prensa. No hay que sacralizar los programas pero sin programas la enseñanza sería un caos aún mayor que el actual. La cuestión, desde mi punto de vista, es hacer preguntas a la Geografía, a la Historia, a las Ciencias Naturales, a la Filosofía, a la Literatura, incluso a la Física, desde los problemas y valores de nuestro presente. Lo que no quiere decir rehusar al esfuerzo de tratar de situarnos en otras épocas, o en otros niveles anteriores del conocimiento, para comprenderlos "desde dentro". Pero al alumno o alumna hay que mostrarle que lo que está estudiando tiene que ver, de una manera u otra, con las situaciones y los problemas del presen-

te. Esto, claro está, no depende tanto de los epígrafes del temario como de los planteamientos del profesorado. Por poner un ejemplo, si se sigue repitiendo que "los árabes" invadieron "España" en el 711 y que no fue hasta casi ocho siglos después que logramos (¿quiénes?) expulsarlos, tras muchos siglos de "Reconquista"; si se explica que los aztecas practicaban sacrificios humanos y no se dice, a la vez, que en la península se sacrificaba a un número mayor de gente en las hogueras de la Inquisición; si se sigue contando la Historia desde el nacionalismo de Estado, como si estuviese compuesta de eslabones que conducen "naturalmente" al presente, en lugar de explicar que la Historia se compone de una sucesión de encrucijadas; si todo sigue impregnado del eurocentrismo más rotundo y no se muestran las altas culturas del África negra o de América en las épocas anteriores a la irrupción europea, ¿cómo vamos a esperar que surjan jóvenes con valores no xenófobos, no racistas, preparados para el multiculturalismo, capaces no sólo de ser tolerantes sino de practicar el reconocimiento de los diversos "otros" y la interculturalidad? ¿Cómo vamos a sorprendernos de que, en una reciente encuesta entre estudiantes de la Complutense, se refleje un tremendo racismo y un claro menosprecio de los "moros", los gitanos, los "negros", etc., cuando todavía hay profesores, e incluso intelectuales, tan eurocéntricos, tan seguros de pertenecer a la civilización "de verdad" —no sé si también al único pueblo elegido por Dios, además del judío, que, como se sabe, no es otro que el español—, que afirman que hay culturas superiores y culturas inferiores?

Yo no creo en la educación a base de sermones, sean estos opusdeísticos o laicos, religiosos o filosóficos. Tampoco me parece que el procedimiento sea hacerles tragar, de entrada, a los estudiantes toda una batería conceptual, que deberían aceptar axiomáticamente, para luego aplicarlo. Es en el análisis de lo concreto donde se debe conceptualizar, y no en abstracto, o estaremos haciendo escolástica: escolástica tomista o escolástica marxista, pero pura escolástica. Porque los conceptos, además, no son inamovibles, no son *a priori*: sur-

gen en relación con situaciones, físico-naturales o sociales, concretas y sirven para entender otras situaciones y casos de naturaleza no muy distinta a aquellas en las que surgieron. No cualquier concepto es útil para no importa qué realidad. Y conviene, también, no confundir lo concreto con lo particularista. Lo concreto es la forma en que se encarna lo universal humano. No existe ni una cultura humana ni una sociedad humana, y si alguna vez existieran estaríamos en Orwell. Lo que existen son culturas específicas, unas más eficientes que otras, o más especializadas que otras, en alguna dimensión concreta pero no globalmente. Cada cultura supone una forma peculiar y creativa de resolver el problema de la subsistencia, de organizar la vida en sociedad y de expresar sentimientos panhumanos. Es en este sentido que los antropólogos afirmamos que no hay culturas superiores y culturas inferiores. Lo que no significa que sean éticamente aceptables todas las prácticas y elementos de cada sociedad, incluida la nuestra. Faltaría más. Pero lo que sí decimos es que basta ya de la prepotencia occidental consistente en creernos la civilización superior no sólo tecnológicamente sino moralmente. Basta ya de, en base a ello, justificar la imposición de nuestro modelo al resto del mundo, con las consecuencias que todos conocemos. Los mayas, por poner un ejemplo, eran más avanzados en matemáticas que los europeos de su tiempo. Y en la civilización de Al-Andalus, por poner otro, las ciencias estaban mucho más desarrolladas que en los reinos cristianos del norte. Un sano relativismo cultural, si no es llevado a extremos absurdos, debiera ser un componente central de la formación ideológica, y política, de nuestros jóvenes. Ello supondría una menor dosis de dogmatismo, menos seguridades, menor prepotencia y más capacidad de "ponerse en el lugar de los otros". Y ello en modo alguno está reñido, sino que es complementario, con ofrecer al alumno el necesario instrumental metodológico para que no se pierda en el relativismo y pueda llegar a distinguir lo que es éticamente aceptable de lo que no lo es.

RIQUER.— Nos encontramos frente a un reto. Los más mayorcitos estábamos acostumbrados a que el sistema educativo, desde primaria a la universidad, fuera el elemento de formación de la gente. Pero en estos momentos los medios de comunicación tienen mucho más poder en la formación de las ideologías que aquello que se pueda hacer en las aulas, lo que obliga a varias cosas. Puesto que la posibilidad de influencia de los medios es inmensa y siempre superior, nos tenemos que adaptar, lo que quiere decir entre otras cosas reaccionar, atacar. Además, tendríamos que plantearnos qué está pasando fuera, en el país. En vez de hacer la clase que toca en el programa, habría que prestar atención a un programa que oportunamente se haya podido hacer en televisión, o a una película, como “La lengua de las mariposas”, o a las últimas elecciones, porque estos son temas que les llegan, que les pueden influir. Podríamos preguntarnos ¿por qué hay esa clase de personal manipulando el mundo del fútbol? Me parece lamentable que lo que se trata en las aulas no tenga nada que ver con el mundo real. Fuera hay *okupas*, mientras aquí estamos hablando de la guerra de Cuba. Estamos cultivando una enseñanza libresca al margen del mundo real. Cuando la escuela era la única fuente de conocimiento, cuando la gente no tenía prensa, ni radio... [quizá tuviera un sentido], pero ahora habría que tratar de los problemas reales, como el de los *okupas*, sin sublimarlos, o por qué el 50% de la gente no vota.

ARTETA.— Yo no veo las posibilidades. Hace un año, durante una charla en un instituto, pude comprobar una vez más la facilidad con que los jóvenes se adhieren a peligrosos tópicos: el de la violencia, el de “todas las opiniones son respetables”, pero también otros como “no tengo que admirar a nadie”, “cada cual tiene que ser uno mismo”. Desmontar qué significa todo eso me parece una tarea absolutamente prioritaria, pero ¿quién lo va a hacer? ¿dónde está la materia? ¿dónde están los profesores que pueden impartirla? Y quien lo intente aún tropezará con otro obstáculo fundamental, el “igualitarismo democrático”: ¿no pretenderá Ud. convencerlos?, ¿no pretenderá tener razón?

Por consiguiente yo no veo posibilidades, sino enormes obstáculos, porque no es lo primero la estructura cerrada, corporativa, de los programas educativos. Hay algo mucho más previo de lo que participan todos los que están dentro y fuera de esa estructura: es una estructura mental, un *ethos*, un carácter que impregna, un espíritu objetivo, que diría Hegel. Hay una serie de falsos prejuicios, universales, que forman parte de la atmósfera que respiramos todos los días. Primero, “la maldad” del Estado y la supuesta bondad y pureza de la sociedad civil. Eso no es sólo desconocer *el abc* de la política, sino que está al servicio de una política absolutamente reaccionaria, de desmantelamiento del Estado, de reducción al estado mínimo y que la sociedad se las componga. Eso hoy es la política neoconservadora, la privacidad, la intimidad, los intereses particulares, y eso es lo que dicen hoy los “progresistas” con una facilidad de miedo: maldad del Estado, bondad de la sociedad.

Si no hubiera Estado, por lo visto seríamos seres absolutamente maravillosos y ejemplares, altruistas, etc. Segundo, la violencia; “la violencia hay que condenarla venga de donde venga”. ¿Quién ha dicho semejante barbaridad? Hay una violencia que en principio tiene la presunción de ser legítima y pretende serlo, que es la del Estado, y que existe, justamente, en previsión de que, si no existiera esa violencia, aquí nos mataríamos por la violencia privada. Por tanto, no es verdad que la violencia del Estado sea equiparable a la de los otros.

La violencia del Estado tiene que ser, por supuesto, regulada por ley y, en ese sentido, cuando el Estado comete violencia (ilegítima) —léase GAL.— comete un pecado mucho más grave que el terrorista incluso. Pero no pretenda Ud. la posibilidad de que no haya violencia. Esa ridiculez lleva al desconocimiento, no del *abc*, sino del *a* del Estado —eso es Hobbes, han pasado 500 años, pero parece que no hubiera pasado nada. Ese principio está hoy radicalmente infectando las conciencias y las conciencias supuestamente más progresistas, que les plantea un problema lo que estoy diciendo. Tercera cuestión, el relativismo moral polí-

tico-cultural, con el triunfo de que "todas las opiniones son respetables". ¿Quién ha dicho semejante majadería? Esto no sólo es un tópico, es [un obstáculo] que está imposibilitando el planteamiento mismo de las cosas. Si todas las opiniones son respetables, lo de cada cual va a misa y punto, no hay posibilidad de llegar nunca a ningún concepto universal, debate racional, etc. Al final, la falsa tolerancia. Si la tolerancia no implicara más que la obligación de respetar las expresiones, el convivir, con ciertos límites... Pero está lo intolerable y el intolerante. Si respetase a quien está dispuesto a cargarse la tolerancia misma ya no tendrá sentido la tolerancia. Fuera de esos márgenes, la tolerancia no implica la renuncia a mis propias creencias, a mis propias convicciones, mucho menos a mis propios argumentos.

A toda esta confusión han contribuido muy especialmente las ciencias humanas. Desde los Lévi-Strauss y compañía hasta quienes no son Lévi-Strauss sino epígonos de los epígonos de los epígonos. No hay culturas, por lo visto, mejores que otras. Pues no, mire Ud., lo siento mucho: hay culturas más valiosas que otras. Hay culturas que pueden entender otras culturas, mientras que hay otras que no pueden entender las nuestras, para nada. Hay culturas donde objetivamente se puede medir un progreso en múltiples cuestiones, pero hay otras en las que no. No vale decir que todas las culturas son iguales. Este tipo de cosas son fundamentales para los nacionalismos, porque es la estructura (mental), el caldo de cultivo... del que participan por igual los alumnos que los profesores. Un chico de 13 años lo afirma con la misma frialdad que una persona de 70. ¿Crisis de la juventud? Pero si nadie ha tenido capacidad para ponerse a ello y decirles cuatro cosas, porque todo el mundo estábamos con el problema del respeto. La tolerancia suele ser entendida como un falso respeto que no significa más que la renuncia a las propias convicciones o pura indiferencia.

¿Te estás refiriendo a la clase de tolerancia que, en el País Vasco, estaría detrás, tal y como titulas en un artículo tuyo, de la "complicidad cotidiana con la violencia"?

Insisto mil veces, el problema del triunfo de la violencia procede únicamente de la cobardía, del miedo. El problema es que ante la violencia se puede responder con cobardía o con valentía, y aquí se ha respondido con cobardía. Y tampoco se crea que es que, por lo general, somos naturalmente cobardes, no; es que no tenemos argumentos suficientes para responder ante el miedo. Si te van a robar la cartera y dudas de que sea tuya, no tienes hijos..., y te ponen una pistola, la entregas; pero si la cartera es tuya, te ha costado mucho sudor ganarlo, dependen de ella tus hijos..., miedo vas a tener también, pero tendrás arrestos para responder con valentía. Y aquí no ha habido arrestos, ni conceptos claros, ni los hay.

[Pero volvamos a la pregunta fundamental, ¿quién puede hacer esta tarea de desmontaje?] Un buen profesor de filosofía sería, en principio, quién más debería tener esa capacidad. Un profesor que tuviera que ver con ese tipo de disciplinas, que no son desde luego las ciencias humanas. ¿Cómo se hace eso? No lo sé. Quizá un sistema que consistiera en coger el periódico y detenernos en algunos hechos significativos: la desobediencia civil que trata de promover HB, la insumisión. Desde ahí se puede ir a casi todo, al problema de la ley, de la violencia, a las razones para obedecer o no. Pero, ¿quién es capaz de decir que esto daría para mucho? Cuando no existe esa preocupación, cuando no hay formación política... ¡formación política!, no solamente formación del espíritu nacional, como la que recibimos nosotros. Porque formación política la hay, pero de sentido contrario, la formación del espíritu nacional es hoy la formación del espíritu nacionalista. Los chicos de *Jarraí* no te quiero ni contar qué espíritu nacional tienen, porque lo tienen, y brutal. ¿Cómo se hace? No lo sé. Si fuera ministro me pondría a pensar seriamente en ello. Porque no hay democracia si no hay demócratas y no hay demócratas si no hay ciudadanos ilustrados. A partir de ahí podrían esbozarse propuestas que pudieran incorporarse a los planes de estudio. Pero insisto, ¿quién es capaz de hacerlo? Yo no me fiaría de cualquiera. Y luego, ¿cómo? Ahí habría que poner a parir a casi todos los supuestos

de la pedagogía moderna. Esa pretensión de debatir cualquier cosa sin ningún concepto previo de nada; el tópico de respetar las opiniones de los alumnos, no vaya a ser que queden frustrados..., tópicos afianzados y reafirmados a partir de cualquier tema que se plantee. Si el profesor se atreviera a decir ¡no!, inmediatamente sería acusado de opresor, de falta de respeto a las opiniones de los demás, que es un cosa muy grave.

12. *Por limitadas que sean nuestras posibilidades educativas, habrá que intentar desarrollarlas mediante propuestas concretas, pero que en todo caso exigen antes un análisis riguroso de por qué la Escuela es una institución tan refractaria a la innovación. Entre las críticas que pueden hacerse a los intelectuales, está la falta de colaboración en esta tarea; la falta de compromiso educativo para reclamar una formación más coherente con los fines que se proclaman. Sois muchos los que os habéis pronunciado, historiadores como Álvarez Junco o González Molina, pero falta un pronunciamiento público...*

RIQUER.— Habría que hacer una autocrítica muy a fondo sobre este tema. Hay dos fenómenos preocupantes. Por un lado, la gente que de una forma u otra ha pasado a incorporarse a las instancias de poder, que se han convertido en portavoces de oficialidades... los intelectuales comprados. Y al lado de esto, como contraste, la desaparición de los críticos, auténticamente independientes o no, que cuestionen el sistema político o el sistema de relaciones sociales. Entre la integración de unos y la desaparición de los otros [se ha producido el vacío] Un ejemplo: ¿cómo es posible que, sabiendo todo el mundo que la reforma educativa está siendo un desastre, no se diga a los cuatro vientos?

Lo grave es que cuando se dice es siempre bajo el "principio de que cualquier tiempo pasado fue mejor", reclamando implícita o explícitamente "la vuelta" al sistema BUP y soslayando que ese pasado sigue vigente "a pesar de" la LOGSE, que no hace falta volver porque todavía no hemos salido. La gente está muy mal informada o prefiere ignorar de forma torticera que, bajo el marco de la LOGSE, siguen predominando los viejos códigos academicistas y elitistas. En ese sentido, la incorporación, por derecho y convención democrática, de toda la población hasta 16 años lo que hace es agudizar las contradicciones. Pero lo que se enseña y las reglas y con-

diciones bajo las que se imparte la enseñanza no han variado en lo fundamental. Por consiguiente, ¿dónde está el desastre?, ¿en la LOGSE como tal o en la pervivencia del viejo régimen cómodamente resguardado bajo el paraguas de la LOGSE? (...) Para romper con la inercia academicista de la enseñanza nosotros abogamos por propuestas radicales: impugnar los códigos disciplinares, la organización del conocimiento en disciplinas cerradas, entrar a saco en el tema de la interdisciplinariedad, moneda corriente en la producción científica y absolutamente imposible en las aulas.

13. *Es lamentable que cuando se debatieron los planes de estudio de la enseñanza secundaria pocas voces se levantaron, y quienes lo hicieron, como Valdeón y otros, no se pronunciaron sobre los problemas de fondo, cuyo debate aún sigue pendiente. A juicio de los que formamos Fedicaria, la cuestión no era si historia cronológica o de otra manera, sino qué uso debemos hacer de la Historia, si debemos utilizarla para problematizar la realidad o para reforzar unas identidades que nos vienen dadas. En torno a esas cuestiones, hay varios interrogantes muy poco discutidos: ¿dónde reside el valor formativo de las disciplinas sociales y, dada su posición hegemónica, de dónde procede, en particular, el valor formativo de la Historia?, ¿se puede aspirar a una memoria histórica común, susceptible de contribuir a la convivencia democrática, en el marco de las distintas historias nacionales, muchas veces rivales o autistas entre sí?*

RIQUER.— Efectivamente, la cuestión no es discutir, como siempre se acaba haciendo, si 30 ó 50 temas. Me parece inconcebible que los planes de estudio se planteen esto y no partan de la perplejidad en torno a los problemas importantes de este país. Un dilema que habría que explicar en todos los niveles es por qué este país se reconoce muy europeo pero hay diferentes colectivos que se identifican con diferentes tipos de nación.

¿No habría que explicarlo, pero también desmitificarlo? ¿Pronunciarse en contra de todas las naciones sin distinción, incluida la catalana, la gallega y la vasca?

Yo no diría en contra, sino que no hay que identificarse con ninguna, lo que no quiere decir que individualmente podamos sentirnos lo que sea, pero que no se puede hacer un discurso sesgado. Si sólo haces "Historia de..." , eso sí es algo peligroso. Pero es un asunto complejo y tampoco conozco el procedimiento, aunque creo que

deberían hacerse planteamientos complementarios. Hay que decir: ha habido un proceso histórico en el que han surgido movimientos nacionalistas que en algunos sitios han llegado a ser casi hegemónicos, y hay culturas relativamente diferenciadas, ¿por qué? Y lo que me parece aberrante es que los libros de texto en el conjunto de España no enseñen esto, que en el fondo es una peculiaridad y una riqueza... A un andaluz debería interesarle lo que pasa en Cataluña y Euskadi, mientras los catalanes y vascos deberían interesarse por lo que pasa en Andalucía.

En Cataluña, Euskadi o Galicia es normal que se ponga énfasis en la Historia propia, pero habría que saber compaginar, cuándo, cómo y qué se introduce de la Historia propia junto a la Historia común. No sólo es un problema de contenidos, sino de dosificación. Las actitudes exclusivistas son rechazables. En la universidad, un compañero planteaba esto: ¿cómo podemos enseñar Historia Contemporánea de Cataluña si no saben Historia Contemporánea de España? Les hablamos del bienio progresista desde Barcelona pero no conocen el bienio español.

El problema es que no hay un marco político que apoye este discurso y lo promueva. Ese marco podría ser el debate de la Constitución, que no es baladí. Todos sabemos que la Constitución responde a la correlación de fuerzas existente en el 77, que venía del Franquismo, y de ese marco salieron los estatutos. Sin afán de revancha, ni mucho menos, es el momento de discutirlo. Han pasado 20 años y ciertos temas se deberían discutir. No se puede seguir todo esto del día a la noche, pero sí se puede evitar encerrarse. Desde el mundo de la Historia habría que plantearlo, explicar el País Vasco a todo el mundo en lugar de dejarlo exclusivamente en manos de los ultranacionalistas, para no consolidar el divorcio. Insisto en que el problema no es sencillo porque la tendencia es que siempre que se hace la reforma se meten más temas. En lugar de sumar temas habría que escoger las grandes cuestiones, aquellas en las que es importante poner énfasis. [Serían pocas, pero suficientemente significativas:]

- El tema de quién manda, cómo se manda... que nos conduce al tema básico de la democracia.

- El tema de las creencias religiosas, impuestas, abiertas... y por tanto de la secularización.

- El tema de la identidad, de cómo se forjan las identidades, abordando las relaciones entre regionalismo, localismo, comarcalismo...

Es curioso que plantees esta posibilidad y además el manual ¿Por qué no planteamos los manuales a partir de estos problemas?

El problema es que los manuales se hacen en función de que en el BOE sale un temario, que hay unas editoriales que quieren ganar dinero y que en cualquier manual tiene que haber 30 lecciones. [El manual es rechazable] si se trata del manual cronológico que no sabe marcar hilos conductores, como la tolerancia, el por qué de las identidades, las desigualdades sociales... para que la gente entienda el presente, que es lo que interesa [*y proyecte su futuro*]. Por ejemplo, me interesa que sepan situar a Fernando VII, pero me interesa más que sepan lo que significó el retorno al absolutismo, que se liquidara una Constitución que significaba el primer intento hispánico de crear un régimen de libertades. Como mínimo hay que decir que hubo gente que luchaba por un sistema de convivencia y otra que estuvo en contra...; si además se sabe situar cronológicamente, mejor que mejor.

Otro tema que no se puede soslayar es la guerra civil. Es peligroso que la gente sitúe la guerra civil como si fuera la guerra de Cuba, como una cosa de nuestros abuelos, como algo que no les afecta, que piensen que su presente no está condicionado por la guerra civil de su país. ¿Por qué en este país, pobre, pero occidental, hay una guerra civil? Hay que tratar ese problema en el marco de la democracia, de la convivencia, de la tolerancia, de las desigualdades sociales. Y esto te lleva al Franquismo, a lo que significó el Franquismo, una herencia de los autoritarismos de los años 30, mientras que en el resto del mundo occidental se construía la democracia. Hasta qué punto eso lo hemos arrastrado, cómo perdura su herencia, analizar lo que queda del Franquismo en el presente.

ARTETA.— Creo es que en el bachillerato se ha relegado absolutamente el estudio de los conceptos fundamentales, sin los cuales las ciencias mismas son puras técnicas, puro conocimiento instrumental, ideológico. En este sentido, no sólo ha quedado claro la permanencia de la ideología en la Historia y en la enseñanza de la Historia. Entre paréntesis, la primera autonomía no debía ser la de la Historia, sino la del profesor de Historia y esto vale para cualquier disciplina. ¿Qué pasaría si, de repente, hubiera un decreto que regulara los contenidos de la Ética o la Filosofía Política? Que como no estuviera un inspector en mi clase todos los días, a ver quién me controlaba a mí. ¿No será que por debajo de eso hay una primera sumisión absoluta...? Esa es la primera cuestión. No hagamos encuestas para ver cuál es el nivel de conocimiento de los alumnos, hagámoslas de los profesores, porque eso sería mucho más escandaloso, lo digo así de brutal. Eso tiene que ser previo absolutamente. Si hemos empezado por arrojar fuera de los planes de estudio toda materia conceptual, las grandes preguntas últimas, lo que se llama Filosofía práctica, es decir, Ética y Política...; si hemos comenzado por eliminar eso y reducirlo a una asignatura transversal, la gilipollez pedagógica más de moda. Si con ello lo hemos dejado en manos de cualquiera, de un profesor de Geografía, de Ciencias Naturales o de un profesor que le falta por cubrir su horario..., la cosa es de una gravedad enorme. No solamente es si lo va a dar bien o mal, es que eso ya indica cuál es el papel que tienen en esta sociedad y en este Estado esta clase de cuestiones.

El caldo de cultivo que presuntamente habría que combatir es tal que engloba a todos, a los alumnos, a sus padres, sus profesores... Haría falta una capacidad sobrehumana para ponerse fuera, para aguantar y seguir dando el callo. No se trata de un problema, por tanto, de cabida en los planes de estudio, es que habría que cambiar la mentalidad para que pudiera verse la necesidad de ese cambio.

Con respecto al tema de las historias nacionales, sabemos que el sujeto Estado-nación puede desaparecer en cualquier

momento. Es obvio, por tanto, que las historias nacionales hay que ubicarlas en un contexto más amplio. Y que el punto de vista tiene que ser más universal en lugar de más reducido. Porque es más real desde el punto de vista histórico, mucho más formador que la mera fijación en el ombligo. Por otro lado, el único sujeto político real es el individuo, los demás son sujetos ficticios. Ni es sujeto España, ni el Estado español, ni Euskadi. Decimos España para no repetir todos y cada uno de los nombres de cada habitante. Los derechos de España, cuando se plantean en la CE o en la ONU, no son derechos de España, son tuyos y míos. Si tenemos eso en cuenta, lo que importa es la formación de cada uno de los individuos, pero los individuos presentes, porque no damos clase a los individuos que murieron. Desde el punto de vista de los presentes tenemos problemas que no pertenecen a los del pasado, que se llaman mercado, globalización, de formación de marcos políticos más amplios, de existencia de un "Tercer Mundo". La Historia hace referencia a un pasado, pero los sujetos vivos no podemos dejar de mirar el presente. En ese sentido, cuando planteáis la necesidad de introducir todo eso en la enseñanza y de romper el marco disciplinar, tenéis razón. ¿Que hay que incorporar elementos de Antropología, Sociología...? Por supuesto, pero también percibo un problema: el alumno necesita conceptos previos sobre esas cuestiones: derechos históricos, naciones... El 80% de los debates que se producen en esta sacrosanta comunidad de Navarra respecto a ser o no vascos, solamente tiene en cuenta hasta qué punto los reyes católicos nos conquistaron injustamente o no, sistemáticamente se remiten a 1500 ó 1600. Me parece de un grado de un gran desconocimiento político y una profundísima ignorancia democrática, pero no sé como se puede romper todo eso... La Historia, una buena Historia, seguro que puede contribuir, pero no una Historia que ignore esos conceptos, que pueda ir infiltrándose inconscientemente, frente a los cuales el sujeto real, el alumno, es una *tabula rasa* y no tiene formación que sirva de contrarresto.

MORENO.— La Historia, en los planes de enseñanza, debería servirnos fundamentalmente para dos objetivos. Uno de ellos, conocer el por qué nuestro presente ha llegado a ser como es y cual es la identidad histórica del pueblo al que pertenecemos, cuáles son los componentes y desarrollo de nuestra cultura y de nuestra sociedad, que no son una isla sino que están relacionadas, en diferente grado, según las épocas y fases, con otras culturas y otras sociedades. El otro objetivo sería ayudar a entender los problemas actuales, el origen de los problemas actuales y las diversas formas de solución que se han intentado respecto a estos problemas, y a otros, en diferentes momentos históricos. Sin caer en anacronismos, claro está, pero sin creer que cada minuto de la Historia es irreductible. Entiendo que ambos objetivos son igualmente importantes y del acercamiento a ellos depende que las disciplinas sociales, en especial la Historia, cumplan su función formativa o sean curiosidades sin otro sentido que entretener (o aburrir) a grupos de jóvenes estabulados en aulas. Pero en todo esto hay que tener muy claro dónde estamos, de dónde partimos. Y es de una Historia generalmente construida sobre la base de una selección interesada de aspectos del pasado, algunos de ellos incluso más míticos que históricos, interpretados y presentados de forma que los Estados existentes actualmente, presentados como naciones, aparezcan como la culminación de algo que “tenía que ser”, que estaba poco menos que previsto desde el principio de los tiempos. Lo que está ocurriendo hoy es que, junto a esta Historia única hegemónica, que en los últimos doscientos años ha sido un arma de los nacionalismos de Estado, están surgiendo otras Historias, también nacionalistas, impulsadas desde los nacionalismos periféricos allí donde estos han alcanzado un cierto poder institucional. Unas y otras Historias pueden ser más o menos rigurosas o estrambóticas, pero yo quiero señalar que el problema no estriba en la pluralidad actual de “Historias de” sino en cuál sea la orientación y grado de cientificidad de éstas. Lo que no me parece de recibo es que quienes nunca alzaron la voz para denunciar las

manipulaciones y mitos de esa Historia española, ni critican ahora, al menos en voz alta, los textos sobreideologizados de, por ejemplo, un García de Cortázar, hayan emprendido una verdadera cruzada sólo contra las extralimitaciones de las Historias nacionalistas periféricas. Y conste que, para mí, los mitos de respuesta a otros mitos no son más aceptables que éstos.

Yo creo en la necesidad de que, por ejemplo, en Andalucía se estudie la Historia de Andalucía y no sólo la Historia de España y, cuando más, la Historia de España en Andalucía, como señala el profesor Lacomba. Pero esa Historia de Andalucía hay que enmarcarla, sin duda, en la Historia, tanto del Estado Español como antes del Reino de Castilla, y anteriormente en la los imperios magrebíes y de Al-Andalus, y en la Historia general del Mediterráneo, del continente europeo y del mundo. Lo que no puede ser es que haya que estudiar, en todas partes, una supuesta Historia de España antes de que España existiera. Podremos estudiar la historia de la Península Ibérica, aunque no aislada de Europa y del Norte de África, pero no la Historia “de España” en, por ejemplo, la Edad Media, o la Antigüedad, o incluso en la Prehistoria (¡), como por lo general se pretende. Soy partidario de activar, sobre todo, aquellas dimensiones históricas que contribuyan hoy a la convivencia pacífica entre los pueblos, tanto del actual Estado Español como de Europa y del mundo. Ello requeriría, como condición *sine qua non*, desmitificar e incluso repudiar acciones y acontecimientos que siguen siendo motivo de exaltación en la historia oficial. Y mostrar muchas otras cosas que hasta ahora se silencian. En cualquier caso, lo que no debemos aceptar es que se continúe la Historia, realmente, desde el hoy hacia atrás para justificar y hacer obligatorio nuestro presente. Porque ello obliga a seleccionar del pasado sólo aquello que se encuentra en la corriente principal hacia el presente. Una propuesta podría ser seleccionar del pasado todo aquello que, tanto en lo positivo como en lo negativo, tiene importantes implicaciones con nuestros problemas actuales. De esta manera, por ejemplo, a figuras como las de Bartolo-

mé de las Casas o Vitoria habría de dárseles más relevancia que, por ejemplo, a don Juan de Austria, Cortés o Pizarro, porque representan esa "tradición tenue" —para utilizar una expresión de mi maestro José Alcina— humanista y subversiva que se sitúa en la línea de lo que siglos más tarde serían los Derechos Humanos.

14. *La formación democrática apela al compromiso crítico del individuo con su presente y una premisa irrenunciable del conocimiento crítico es combatir la falsa conciencia, desmontando los prejuicios y confusiones en torno a conceptos y fenómenos claves del presente, como la democracia y los nacionalismos. Pero nuestras propias discrepancias ponen de manifiesto la dificultad para convertir estos temas en objetos de conocimiento para alumnos de secundaria, porque de inmediato obligan a la profesora o profesor a tomar postura, a "mojarse" frente a sus alumnos sobre el significado de ciertas ideas y determinados hechos.*

Para concluir estas conversaciones, ¿qué diríamos nosotros ante ideas y hechos como los siguientes?

(I) Apoyando o adhiriéndose a los movimientos nacionalistas observamos toda clase de sectores, incluso los más opuestos entre sí, desde las juventudes suburbanas de Jarrai a los privilegiados votantes de los partidos de ultraderecha en Francia, Austria o Suiza...

RIQUER.— Uno de los problemas de las sociedades europeas de finales del siglo xx es no saber ubicar los movimientos sociales. Unos están en decadencia, otros en transformación. La Europa occidental y central ha racionalizado claramente las luchas sociales, e incluso las tendencias políticas, lo que queda del viejo comunismo, la socialdemocracia, el centrismo, las democracias cristianas, la nueva derecha..., pero en cambio la temática de los nacionalismos no sabe dónde ubicarla, porque es una temática que se añade... Los nuevos movimientos que asustan a la gente en Suiza, Austria, Alemania, los percibimos como un nuevo ultranacionalismo calificado de fascista, pero el problema es más complejo, no se puede entender fuera de una actitud defensiva más bien regional, no estrictamente fascista, como reacción de sectores privilegiados frente al miedo a perder sus privilegios, por lo tanto defensa social disfrazada de discurso nacionalista propio. A otro ni-

vel, en España se mezclan los sectores marginales que rompen cristales, que en Barcelona se llaman *okupas* y en Bilbao se dice que son de HB, y que quizá respondan a lo mismo, pero que en un sitio buscan un paraguas y una justificación exterior ideológica, y en el otro no la tienen, pero son sectores que están al margen y que se recubren de nacionalistas.

(II) Entre los sectores que apoyan al nacionalismo radical encontramos feministas, ecologistas, jóvenes parados, etc. lo que pondría de manifiesto que los nacionalismos son o pueden ser un marco para canalizar la protesta de los excluidos o los discriminados, un instrumento para reclamar participación en el reparto del poder...

ARTETA.— Por supuesto que todo nacionalismo quiere el poder, como todo movimiento político, pero eso es no decir nada. El problema es otro: si el nacionalismo quiere el poder, será a través de un programa y de unos fundamentos que no tienen nada que ver con su propio nacionalismo; porque, de lo contrario, defender a los parados, a las diferentes clases de marginados, formaría parte de un programa socialista, no de un partido u otro, sino del socialismo en general. Ahora, si el nacionalismo únicamente se desplegara como lo que es, como lo que le define realmente frente a los demás, es un movimiento que se agota en la propia reivindicación de un Estado, no en atender las necesidades de los ciudadanos en tanto que parados, obreros, viejos o madres solteras. Tiene que hacer uso de todo eso para encubrir una raíz que es profundamente vacía y estrictamente mucho más nacional que social. Si, efectivamente, puede asumir los movimientos feminista y otros es por dejación de esos feminismos, por falta de conciencia de cuáles son sus reivindicaciones particulares y de hasta qué punto entran en contradicción con las otras reivindicaciones nacionalistas. Es el prestigio absolutamente contradictorio de la fusión de la izquierda y del progresismo.

En relación con los nacionalismos hace falta ser mucho más provocador: si aceptas que un nacionalismo, desde el punto de vista ideológico en general, es un integrista, la vuelta necesaria a unas raíces, a un pasado, al problema de la identidad... Si,

desde un punto de vista político y social, es un reaccionarismo, un conservadurismo, entonces un nacionalismo radical es un conservadurismo radical, o sea, la extrema derecha. Izquierda radical, izquierda abertzale es una contradicción *in terminis*. Si uno es nacionalista no puede ser de izquierdas y viceversa. Estoy simplificando, pero es la única manera de ver los conceptos claros y, desde este punto de vista, si un nacionalismo necesariamente tiene que ser una ideología de derecha, entonces un nacionalismo radical es una derecha radical. Esto lo he escrito, pero nunca han respondido a semejante provocación. Antes he mencionado el fascismo... Yo he sido de los que había procurado no llamarles fascistas, porque no tenía claro qué era eso de fascismo, pero desde que tuve la oportunidad de leer los discursos fascistas de Onésimo Redondo, José Antonio y otros -el problema de la raza, de la lengua, del pueblo, de la acción directa- he caído en la cuenta de que estábamos ante un movimiento fascista. En el caso de HB con toda claridad, así que a partir de ahora tendré mucho menos miedo de llamarles fascistas. Si por estar presente en la política, en la lucha por el poder, resulta que tengo que asumir cualquier tipo de reivindicación... Si el nacionalismo radical puede jugar con todo esto, es a base de traicionar su propia ideología y objetivos nacionalistas.

Se pone de manifiesto la capacidad del nacionalismo para canalizar cualquier cosa..

Porque no es nada. Porque no tiene doctrina propia, sólo es asunto de las fronteras.

MORENO.- Lo que hay que desmontar es, sobre todo, la falsedad de que todo nacionalismo periférico tenga como objetivo, necesariamente, la construcción en el menor plazo posible, y a costa de lo que sea, de un Estado propio. Y explicar cuál es el verdadero contenido del derecho a la autodeterminación considero es una obligación de cualquier profesor que se acerque a estos temas. Por otra parte, en cada nación política sin Estado puede haber perfectamente varios proyectos nacionalistas, si diferentes sectores sociales vertebrados en partidos o movimientos tienen diferentes opciones para la autodeterminación y según sea el tipo de sociedad al que aspiren.

Por eso es evidente que existe potencialmente, en el ámbito de cualquier nacionalismo periférico, tanto un nacionalismo de derechas como otro de izquierdas. Exactamente igual que ocurre en el campo político del nacionalismo de Estado, aunque los partidos que juegan en este campo prefieran autodenominarse "constitucionalistas" o con cualquier otro eufemismo.

Lo que no se puede honestamente -o, mejor dicho, no se debe- es utilizar las aulas para demonizar a los nacionalismos periféricos, tachándolos, por ejemplo, de ideológicamente integristas, así sin más, mientras se oculta el radicalismo nacionalista, muchas veces expansionista y etnocida, de los nacionalismos de Estado.

(III) La normalidad en el funcionamiento de las instituciones, en la celebración de elecciones o en la dialéctica de pacto y oposición entre partidos, pondría de manifiesto que en España existe un sistema democrático donde resolver pacíficamente los conflictos...

ARTETA.- Que quede clara una cosa, si identificamos democracia con lo que hay, yo no soy demócrata, la democracia es mucho más que las formas. Pero también creo que si las formas se tomasen mucho más en serio podría haber más contenido democrático, más contenido de justicia. No creo en la democracia si ésta se plantea sólo como un juego de alternativas entre partidos políticos. Parece mentira que la izquierda no penetre por ahí. Desde ese punto de vista no soy un demócrata ni un pacifista. La violencia puede tener razones legítimas para ser utilizada como último recurso...

MORENO.- Un ejercicio crítico que sería muy adecuado en las aulas es el análisis del lenguaje político. Analizar cómo, hoy, los discursos son casi intercambiables, al igual que las sonrisas de todos los que se presentan en candidaturas. Y profundizar en la hipótesis de que, actualmente, las elecciones "democráticas" no son sino rituales vacíos de contenido pero que, mediante la movilización emocional, cumplen la función de que mucha gente crea, aunque sea sólo en el momento de poner su voto en la urna, que, de verdad, posee un grado pequeño pero real de poder. Esto sí que sería formativo para los jóvenes. Como también explicar el

carácter plenamente democrático del voto en blanco y de la abstención consciente. Si, además, nos adentramos en las causas de la crisis del sistema de representación y de la división clásica de poderes, estaríamos contribuyendo a formar demócratas y no borregos idiotizados por la publicidad del *globalismo*. En este contexto, sería posible dar un tratamiento menos pasional y más adecuado al tema de los nacionalismos.

(IV) *En los rituales cotidianos de carácter étnico o nacional observamos la pasión que despierta la evocación de la nación, lo que pondría de manifiesto que sólo el nacionalismo puede producir los lazos emotivos necesarios para que se constituya una comunidad política...*

MORENO.- El componente emocional es parte muy importante en la vida de los sujetos humanos, tanto individuales como colectivos, en todas las vertientes. La reproducción de valores y de ideología tiene lugar, sobre todo, mediante su vehiculación emocional. Esto, que lo saben perfectamente, y lo han sabido utilizar, todas las religiones, también lo utilizan continuamente los Estados, el Mercado y cuantos absolutos sociales son o han sido. ¿Qué significan, si no, como antes ya señalé, los partidos de fútbol *internacionales* sino rituales de reproducción de ideología nacionalista de Estado? Si esto no fuera así, ¿cómo gente supuestamente muy racionalista podría emo-

cionarse con los goles de la selección (estatal) española? ¿Y por qué la oposición a que existan, y sobre todo a que puedan competir en campeonatos internacionales, las selecciones vasca, catalana o andaluza? La mayor parte de los nacionalismos periféricos no hacen sino copiar, incluso demasiado miméticamente, los procedimientos de los nacionalismos de Estado.

ARTETA.- Un trabajo que tengo entre manos se llama *Pasiones Políticas*. En él trato del miedo como la pasión política fundamental. Creo que la democracia no puede prescindir de los factores emocionales. La democracia, que, por principio, es, justamente, el tipo de acción política que quiere basarse en la impersonalidad, en la lealtad a categorías, principios y no personas, requiere factores emocionales. Es muy claro que las democracias occidentales funcionan con factores emocionales constantes, no hay más que ver las campañas de imagen. Dando eso por supuesto, habría que plantear si no se puede dar una orientación a la emoción que no vaya en la dirección de los particularismos locales, de la exaltación de identidades ficticias, de historias pasadas, sino de la exaltación del republicanismo, por ejemplo. Lazos comunitarios que no impliquen los comunitarismos al uso, pero que también sean lazos emotivos, eso que se llama patriotismo cívico, constitucional.